Emilio G. del Castillo y Enrique Arnal

LA ROSALEDA

HISTORIETA CÓMICA

en tres actos, original



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, 24

1924

LA ROSALEDA

LA ROSALEDA

HISTORIETA CÓMICA
en tres actos, original de

Emilio G. del Castillo y Enrique Arnal

Estrenada en el TEATRO ESLAVA,
de Madrid, el día 11 de octubre de 1924

MADRID
IMPRENTA DE L. RUBIO
CALLE DE LAS AGUAS, 11, DUPLICADO
1924

A José Fernández del Villar

cariñosa amistad de

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSA..................	María Herrero.
DOÑA MARTINA.......	Consuelo Esplugas.
MARÍA LUISA.........	Cruz Almeñana.
KETTY.................	Francisca Campos.
CHARLES...............	Manuel Domínguez.
TOM....................	Paco Alarcón.
HARLESON............	Luis Echaide.
LAPORTILLA..........	Enrique Novo.
GAZAPO................	Jesús Tordesillas.
UN FACTOR...........	Argimiro Guerra.

La acción en Nueva York.

Epoca actual. Lados del actor.

ACTO PRIMERO

Es el «hall» de la casa de «La Rosaleda», finca que en las cercanías de New York poseen los señores de Laportilla. Puertas al foro, que dan a la cocina y dependencias; a la derecha, que da al jardín; a la izquierda primero, que da al comedor. En el segundo término izquierda, arranque de escalera que comunica con las habitaciones del piso superior.

(Al levantarse el telón aparecen en escena DON GASPAR LAPORTILLA, hombre de cincuenta y nueve a sesenta años, simpático, bondadoso, ex político español, grandilocuente. Olvidado de sus lides parlamentarias, está ahora encaramado en una pirámide, formada por una mesa y una silla. Sobre ésta, clava un portier don Gaspar. DOÑA MARTINA, su esposa, mujer de unos cincuenta años, viva y algo inquieta, en traje de mañana, sujeta con una mano la silla donde está él encaramado, con la otra sostiene en alto, para que se seque el pelo que acaba de lavarse su hija María Luisa, y con los pies saca lus-

tre al piso encerado, en incesante vaivén. MARIA LUISA, sentada de perfil al público, saca, muy ensimismada en la tarea, brillo a sus uñas con un «polisoir». Todos vestidos de un modo incompleto, están agitados, nerviosos.)

D. GASPAR — Martina, por Dios, ten cuidado. Mira que, más bien que sujetarme la mesa, me conviertes el andamiaje en una especie de ola giratoria.

MARTINA — Te creerás que sobra tiempo. Son las doce y pronto llegará Rufino Gazapo, el ingeniero, según nos dice en su carta el primo Remigio.

D. GASPAR — ¿Qué?... *(No ha oído.)*

MARTINA — ¡Hombre!... Deja ya ese martillo. *(Al decirlo, un poco enfadada, tira del pelo, sin querer, a su hija María Luisa.)*

D. GASPAR — ¿Qué hablabas del ingeniero? *(Apenas comienza a hablar Martina, golpea de nuevo.)*

MARTINA — Que, según dice mi primo Remigio, es un agrónomo de los más sabios de España. Quiera Dios que nos ayude a salir de esta situación, porque si esperamos a que desarrolles tus iniciativas agrícolas, estamos perdidos.

D. GASPAR — ¡Hija!... Yo...

MARTINA — ¡Quién podía suponer que todo un ex director general de Agricultura, no supiese explotar una finca... Ese error nos trajo a Norteamérica.

D. GASPAR — *(Por la costumbre adopta el tono oratorio.)* Era preciso. En España cayó la vieja política. Se imponía buscar horizontes nuevos. Esta finca, heredada de tu tío y entregada tantos años a un arrendamiento poco remunerador, era una esperanza y un refugio. Vinimos a América, la joven América... Tenté a la fortuna y en diez meses que llevamos aquí...

MARTINA — No has podido hacer más tonterías.

D. GASPAR Confieso que a veces soñé despierto.

MARTINA Ni soñando se explican tus locuras. ¡Poner aquí una fábrica de castañuelas!

D. GASPAR No hay ninguna en los Estados Unidos.

MARTINA ¡Naturalmente! Como que no hay quien las toque. Y luego, la fábrica de sombreros cordobeses...

D. GASPAR Niégame que era original la idea.

MARTINA Tan original, que no has vendido más que tres; uno a un pastor protestante, otro a un chino, al que engañaste, y otro que tienes guardado para ofrecérselo a tu jefe el Conde de Romanones.

M.ª LUISA Vamos, mamá, no te ensañes con papaíto.

MARTINA ¿No he de ensañarme si hace igual siempre? Acuérdate cuando fuimos de Gobernadores a Teruel, que todo lo que se le ocurrió para documentarse fué aprender la historia de los amantes y en todos los actos oficiales hablaba de ellos.

D. GASPAR ¿Y qué?

MARTINA Que acabaron por ponerle de mote el apoderado de los Amantes de Teruel...

M.ª LUISA ¡Mamá!...

D. GASPAR Martina, si no estuviese yo a tal altura que no pueden mancharme tus especies calumniosas, si no me alzase yo sobre el común nivel de los mortales...

MARTINA *(Interrumpiéndole.)* Anda, baja. No es posible hablar de cosas serias contigo mientras estés de equilibrista.

D. GASPAR ¡Es que desciendes a un terreno en las discusiones!

MARTINA Desciende tú de las alturas. *(Salta al suelo don Gaspar.)* Y ahora que estás más asequible, hablemos formalmente. De un momento a otro, vendrá el señor Gazapo...

M.ª LUISA ¡Y Rosa sin acabar de plancharme el traje!

MARTINA Cierto. *(En voz alta.)* ¡Rosa! ¿Está ya eso?

ROSA *(Dentro.)* Sí, mamá...

M.ª LUISA ¡Sólo falta que me lo haya tostado, como ayer tu combinación!...

ROSA *(Sale en una «toilette» de mañana desastrada y sin peinar. A pesar de todo, su cara juvenil tiene todas las rosas de la Primavera. Trae el traje de María Luisa.)* ¡Mírale!... ¡Confiesa que parece que he nacido en el oficio!...

MARTINA Sí que está bien.

ROSA ¿Cómo bien? ¡Superiormente! Mi porvenir está en el planchado. Menuda oficiala haría yo en Madrid, en un pisito bajo, con las mangas subidas hasta el codo, y dándole a la plancha... De seguro que en la acera había cola para verme.

M.ª LUISA Ya sabemos que eres muy dispuesta. No es cosa de repetirlo siempre.

ROSA Papá, tú, que, a pesar de ser romanonista, eres imparcial, dime... ¿Cómo estaban los macarrones que os hice anoche?

D. GASPAR Pues estaban como para comérmelos.

MARTINA Es preciso reconocer que, gracias a tí, notamos muy poco el habernos quedado sin servicio, por la intemperante genialidad de vuestro padre...

D. GASPAR ¿Querías que consintiese en las bases que me propuso el Sindicato de cocineras?... ¡Yo no me someto ni en Norteamérica ni en el Congo!... ¡Soy liberal!

MARTINA Ya se nos conoce por lo bien que nos va todo. Olvidas, sin embargo, que, aparte de lo del Sindicato, debíamos seis mensualidades a los criados, tres a los obreros, dos semanas a los proveedores, una a los...

D. GASPAR ¡A todo el mundo! Conformes.

MARTINA Cuánto mejor hubiera sido no tentar esta aventura descabellada y continuar viviendo modestamente en España del arrendamiento que sacábamos a esta finca. Vinimos porque tú asegurabas que ésta era la fortuna y que aplicando las nuevas teorías

agrícolas nos haríamos multimillonarios. ¡Como si pudiese hacerse millonario un político español sin cartera!...

D. GASPAR ¡Martina!... Ese concepto...

ROSA Pero ¿a qué reñir? Con eso nada se consigue. ¿No os hizo proposiciones de compra Harleson, el antiguo arrendatario?...

MARTINA ¡Valiente grosero!... Que ni siquiera vino a visitarnos.

M.ª LUISA Pero hoy esperamos a Rufino Gazapo, que es un gran ingeniero y nos salvará...

MARTINA ¡En buena ocasión llega!... ¡Sin dinero, sin servicio!...

D. GASPAR La verdad es que vamos a quedar en un ridículo espantoso. Recibir un huésped sin tener ni siquiera una mala criada que sirva a la mesa...

ROSA *(Muy decidida.)* ¿Y para qué estoy yo?...

D. GASPAR ¡Muy bonito! Una hija mía haciendo de fregona...

ROSA ¡Con no decir que soy hija vuestra!...

D. GASPAR ¿Estás loca?... Negar que tú...

ROSA Mira, papá; estamos en Norteamérica... De modo que hay que ser yanqui. En España vivimos las muchachas con una serie de prejuicios que sólo sirven para dificultar los matrimonios. Así, ves allí niñas que se pasan la vida entera buscando un novio sin encontrarle y sin hacer otra cosa que componerse y recorrer tres veces al día los mismos sitios de Madrid, para ver a los mismos muchachos, hasta que, hartos ellos de verlas constantemente, las miran con más indiferencia que a un autobús...

M.ª LUISA ¿Y qué va a hacer una señorita?

ROSA Lo primero, deberían dejarnos en libertad para que fuésemos nosotras, no ellos, los que se declarasen, porque si no, es imposible...

MARTINA *(Interrumpiéndola.)* ¿Qué locuras dices?

ROSA — Es triste que todo el mundo tenga derecho a hablar de las muchachas con críticas estúpidas y sacándonos defectos que no tenemos. Somos tan mujercitas como las mujeres de antes, tan capaces de ser buenas madres y buenas esposas como las de antes. Todos los defectos de que nos pueden tildar es que sabemos un poco más que ellas, porque leemos más, que nos bañamos un poco más que ellas y que miramos a los muchachos frente a frente, sin hipocresía, como se debe mirar cuando no se tiene malicia alguna.

D. GASPAR — ¡Calla, calla!

ROSA — ¡Sí; basta de sermón; pero que os conste que esto que yo digo es vivir, y lo demás es estar cabalgando a la jineta sobre una nube!...

D. GASPAR — Me heredas en elocuencia, Rosa.

ROSA — De tí la elocuencia y de madre la decisión. Así es que, ¡ni una palabra más! Ya tenéis doncella, una doncella para todo, que va a ser el asombro de las generaciones venideras: no sisa, no tiene novio, no habla mal de sus señores, no es contestona, no usa los polvos de la señora ni se depila las cejas... Un verdadero mirlo blanco.

MARTINA — Doloroso es el sacrificio, pero tiene razón Rosa. Eso favorece, además, mis planes, porque yo he soñado, no os lo oculto, con que ese hombre sea nuestro salvador en lo agrícola, y, además, casándose con ésta. *(Por María Luisa.)*

ROSA — Mamá, tú quieres que sea al mismo tiempo nuestro salvador y nuestra víctima.

M.ª LUISA — ¿Ah, sí? ¿Víctima por casarse conmigo?

ROSA — Víctima, por casarse. Si yo fuera muchacho, no me cazaban ni con lazo.

M.ª LUISA — Además, falta que me guste. Que eso está por ver... Si es feo...

MARTINA — No hagas conjeturas. No le conoces.

ROSA — Yo me lo he figurado grave, serio, empaquetado y ceremonioso...

M.ª LUISA — Yo apuesto y enamoradizo: un galán de comedia.

MARTINA — Yo un tipo muy español, muy alegre, muy...

D. GASPAR — Y yo un tipo solamente...

CHARLES — *(Entrando por el foro con dos maletas.)* ¡Señores!...

TODOS — ¡¡Ah!! ¡Es él! ¡Es él!... *(Huyen todos despavoridos por varios términos.)*

CHARLES — *(Al verse solo, mira con asombro a todos lados; luego se vuelve a la puerta y dice a Tom Gripp, que asoma.)* Entra, Tom.

TOM — ¿Qué ha pasado? ¿Quién había aquí?

CHARLES — No sé.

TOM — Nos toman por acreedores.

CHARLES — Lo ignoro.

TOM — Está bien... Esperaremos. Me sentaré. *(Con gran empaque.)*

CHARLES — *(Ríe, fingiendo enfado.)* ¿Desde cuándo, en mi presencia?...

TOM — Desde que soy el amo y usted el criado.

CHARLES — Eso es sólo cuando haya gente delante.

TOM — ¿A solas no?

CHARLES — A solas, el criado sigues siéndolo tú, y en prueba de ello, ve a recoger mi abrigo al auto.

TOM — *(Resignado.)* Bien. ¡La vida es un diorama!

CHARLES — Un momento. Por si cuando vuelvas hay alguien delante, te repito las instrucciones. Tú eres Charles Harleson, el hijo del millonario Harleson, y vienes con carta de mi padre, que es el tuyo, durante unas horas...

TOM — Bien. Pero como el señor se enterase...

CHARLES — No me conoces.

TOM — Conozco al señor y le conozco de atrás. Tengo recibidos tantos puntapiés...

CHARLES — Tú ya sabes que su deseo es casarme con

una de las hijas del señor Laportilla, del dueño de esta finca... En vista de que no se la vende, espera que pase así a nuestro poder.

TOM — ¿Y por eso el señorito ha pensado que haga yo de señorito y el señorito de criado, porque se figura el señorito que no se enamorarán de mí ninguna de las señoritas?

CHARLES — ¡Claro está!...

TOM — Pues está equivocado el señorito, porque en cuanto el señorito sea yo, verá el señorito el partido que tengo con las señoritas. ¡Todo es cuestión de traje! ¡Y con este que me ha dado el señorito!...

CHARLES — ¡Tú eres tonto!...

TOM — Es como el señorito; en cuanto sea criado, ya verá cómqo se enamoran de él todas las cocineras del contorno y le guardan jamón, pechugas y buen vino. Ya lo verá el señorito. Al tiempo. ¡La vida es un diorama!

CHARLES — Tu conducta aquí no es preciso que te lo diga; ha de ser todo lo grosera, todo lo ordinaria que quieras.

TOM — ¡Pide unas cosas el señorito! ¡Vamos, que parecer yo ordinario y grosero!...

CHARLES — No te costará mucho.

TOM — En cuanto el señorito advierta cómo se enamoran de mí las señoritas, se pondrá celoso, tendrá envidia y me quitará el cargo.

CHARLES — ¡Qué ilusiones!...

TOM — Me conozco y sé lo que valgo, a pesar de mi modestia. En la Quinta Avenida me llaman «El muchacho que todo lo tiene»: talento, buena figura, conversación, cara ojos...

CHARLES — Bueno; vete por el abrigo mientras yo leo por última vez la carta de mi padre al señor Laportilla... Anda... ¿Qué haces?. .

TOM — Estaba marcándome más la raya del pan-

talón. Voy por el abrigo. *(Mutis jardín.)*

CHARLES *(Que se ha sentado en un sillón, saca la carta y lee:)* «Míster Gaspar Laportilla. En vista de que rechaza usted mis ventajosas ofertas de compra de la finca que me tenía usted arrendada durante tantos años, como yo soy testarudo, he decidido que sea mía, a pesar de todo. Por eso envío a usted a mi hijo Charles, guapo mozo...» *(Aparte.)* Muchas gracias, papá. *(Alto.)* «... con orden de enamorar a una de sus hijas. Mi hijo es obediente y conseguirá esto; así, cuando se casen, la finca será de la familia. En espera de su telegrama para concertar la boda, queda su atento, Harleson, padre. Teléfono 80-72-24.) *(Deja de leer.)* ¡He aquí cómo se hacen en Norteamérica los matrimonios, por... amor! Bien. Mi padre es terco; yo soy hijo suyo; mi padre dispone de mí; yo también; mi padre me ordena que me case; ¡yo no me caso! Si él es Harleson y testarudo, yo también lo soy. ¡Estamos en paz! *(Vuelve a sentarse.)*

D. GASPAR *(Bajando por la escalera, ridículamente vestido.)* ¡Querido amigo!... *(Le da la mano cordialísimamente.)*

CHARLES ¿Eh?

D. GASPAR No sabemos cómo disculparnos con usted... por la fuga general...

CHARLES ¡Oh!

D. GASPAR Pero aquí baja mi señora, que le explicará mejor que yo...

MARTINA *(Bajando muy recompuesta y estrechándole la mano.)* Las mujeres somos todas tan presumidas, señor Gazapo...

CHARLES ¿Cómo?

MARTINA *(Obligándole a sentarse.)* Por mi primo tenemos ya noticias...

CHARLES ¿Ah, sí?

MARTINA (*Obligándole de nuevo a sentarse.*) Pero no esté usted incómodo... Siéntese.

D. GASPAR Le aguardábamos impacientes. La finca espera de su talento la salvación.

CHARLES Ah, ¿luego ustedes acceden a que yo?... (*Aparte.*) (Quién les habrá dicho ya lo de la boda?)

MARTINA Y le esperábamos con ansiedad. Sobre todo, María Luisa, muy interesada, por lo que le anticipé...

CHARLES (¡Pero qué poco decoro!... ¡Ya me están metiendo a la niña por los ojos!)

D. GASPAR Por supuesto que usted hace de ella lo que quiera.

CHARLES ¿Yo?

D. GASPAR Me figuro que lo primero será el agua, agua abundante.

CHARLES ¡Oh, sí!... Sobre todo, la limpieza. Mucha agua, mucha...

D. GASPAR Ponga usted en ella todo su cariño.

CHARLES ¿Que ponga?...

D. GASPAR Yo sueño con ver cómo trabajan en ella legiones de labradores.

CHARLES (¡Acabáramos!... ¡Hablan de la finca!)

TOM (*Entrando.*) Aquí estoy.

CHARLES (*Aparte y rápido.*) (¡Silencio!) (*Alto.*) Aquí está ya mi señorito.

D. GASPAR
MARTINA } (¡Su señorito!)

D. GASPAR (Luego es el criado!)

MARTINA (La plancha ha sido de vapor!)

D. GASPAR (Y yo que le dí la mano!...)

MARTINA Pase usted, pase usted, señor Gazapo.

TOM ¿Qué es eso de gazapo? Yo no admito motes, señora.

MARTINA ¿Motes? ¿Pero no es usted don Rufino Gazapo.

TOM Está usted tocada de la cabeza, señora. Yo soy Charles Harleson.

D. GASPAR
MARTINA } (¡Harleson!)

TOM — Hijo de Samuel Harleson, el industrial. Muchacho distinguido, de la alta sociedad de Niu York, atento, cortés, elegante y de sólida instrucción, que juega al golf, y al tennis, y que regatea en su balandro...

CHARLES — (¡Callarás de una vez?)

MARTINA — Señor mío... Nosotros pensábamos...

TOM — Este es mi criado Tom Gripp. Modelo de los criados norteamericanos... Algo enamorado, pero servicial, atento, buen muchacho, fiel y.. no fuma.

D. GASPAR — Sí; pero no adivino en qué puede interesarnos...

TOM — Claro es que no puede tenerlo todo. Tom no es un Séneca; pero como yo tengo talento de sobra, no necesito que mis criados sean inteligentes.

MARTINA — Bien. Pero... Usted dirá en qué podemos complacerle.

CHARLES — Mi señorito desea, ante todo, entregarles la carta que su señor padre, Míster Harleson, le dió para el señor. Léala el señor y vea lo que decide. Ya ve el señor las condiciones de mi señorito... *(Le da la carta a Tom y éste se la da a don Gaspar.)*

D. GASPAR — Traiga... Sepamos de una vez... *(Recorre la carta con la vista.)* ¡Oh! Su señor padre es de los que ven las cosas con rapidez... con demasiada rapidez...

TOM — Sí, señor. Mi padre es muy aficionado al cine.

D. GASPAR — En este caso, creo que pretende ir más de prisa de lo que es costumbre ...

MARTINA — ¿De qué se trata, Gaspar? ¿Una nueva oferta de compra?

D. GASPAR — Toma. Entérate. Con permiso de este caballero.

TOM — Sí, sí... Yo ya sé que es una grosería leer las cartas delante de la gente; pero a su edad, señora, se perdona ya todo.

MARTINA — ¿A mi edad? (Decididamente, es un ordi-

nario.) *(Lee aparte, mientras entra en escena María Luisa, que viene arreglada como para una gran soiree.)*

M.ª LUISA Caballero... Usted perdone si el retraso...

D. GASPAR (No es ése... Es el criado...)

M.ª LUISA ¡Ah!

D. GASPAR Presento a usted a mi hija... María Luisa, el hijo del Sr. Harleson...

M.ª LUISA *(Muy amable.)* ¡Caballero!...

TOM No está mal... No está mal la chica...

MARTINA (Ordinario como él solo, pero cargado de millones.)

TOM ¿Y qué tal de novios?...

MARTINA ¡Caballero! ¡Mi hija es inocente como un ángel... Una ingenua... No piensa en eso aún.

TOM Todas dicen lo mismo, pero en cuanto uno se descuida, mirada por aquí, timito por allá, tienen alrededor cuatro o cinco en un momento.

MARTINA Mi hija ha recibido una educación modelo. Es como su madre.

TOM ¡Toma!... ¿Y a que usté también tenía novios y coqueteaba!

D. GASPAR Señor mío... Mi esposa...

TOM ¡Hombre!... Claro está que después de casarse se habrá formalizado, pero también habrá tenido sus quince años muy frescachones y muy...

MARTINA *(Ruborosa, pero satisfecha.)* Eso sí...

TOM Ahora que, apenas recordará ya... ¡Hará tanto tiempo!

D. GASPAR Pero siéntese. Y han venido ustedes en coche, naturalmente.

TOM Sí. Un Packard. Bueno, bueno... Duro de limpiar, pero bueno...

D. GASPAR ¿Y ha traído usted chófer?

TOM Lo guía éste, que vale mucho...

MARTINA Dichoso usted, que tiene buen servicio. Nosotros estamos sin criados. Hemos te-

nido que despedir a todos, por lo mal que se portaban.

TOM — Vamos, que no sería de ellos toda la culpa, que también los amos se ponen a veces chinches.

MARTINA — Los criados son insoportables.

CHARLES — Tiene usted razón, señora; mucha razón.

TOM — No estoy conforme. Se abusa de ellos, se les trata injustamente, se les hace víctimas del mal humor...

D. GASPAR — Lo triste es estar sin servicio. Nosotros ahora no tenemos a nadie.

MARTINA — ¡No, Gaspar! Eso, no. ¿Y Rosa la doncella? Una chica muy lista, muy agradable. Que sirve para todo...

D. GASPAR — Pero no es cosa de que se mate a trabajar...

TOM — Claro que no... Pobrecilla. Hombre, se me ocurre que Tom, mi criado, podía ayudarla.

CHARLES — ¿Yo? El señorito sabe que yo apenas si conozco el servicio y temo cometer torpezas...

TOM — ¿Torpezas tú? Digan ustedes que es un criado que lo hace todo... ¡Cómo limpia las botas! ¡Cómo barre! ¡Cómo guisa, cuando llega el caso!... ¡Cómo hace los recados!

CHARLES — (¡No abuses de la situación.)

TOM — Que ayude un poco a la doncella.

CHARLES — ¿Yo?...

D. GASPAR — Sería mucho abusar de usted.

TOM — Nada de eso... ¡Con lo que le gusta el trabajo!

CHARLES — (¡Tom, que te señalo...!)

MARTINA — Bueno; usted pasará aquí unos días, naturalmente.

CHARLES — ¿Eh?... (No aceptes, Tom).

TOM — ¿Unos días? Señora, con mil amores... ¡No faltaba más!... Todo el tiempo que ustedes quieran. Dos, tres... siete días, un mes... a mí me encanta la vida del campo.

¡Mi criado ayudará a su doncella en todo! Así no molesto yo tanto.

MARTINA — Sí que es la gran idea.

TOM — Anda, Tom, ve a la cocina por si hay algo que hacer. *(Martina toca timbre.)*

ROSA — *(Sale vestida de doncella, como para tocar la Marcha Real de guapa. Con inflexión muy cariñosa en la voz.)* ¿Llaman los señores?

D. GASPAR — Sí... hija mía. *(Aparte a Martina.)* (¿Has visto qué monísima está?) El señor Harleson fué tan amable que se brindó a que su ayuda de cámara te descargase, digo, descargase a usted de trabajo...

CHARLES — ¿Yo?... *(Aparte.)* (¡Viva la frescura!)

ROSA — Lo que los señores manden, lo que los señores quieran; una está para obedecer a los señores, porque para eso son señores y una... una...

TOM — *(Entusiasmado.)* Una, es una atrocidad de bonita. Tom, ya lo oyes... ayúdala. Y vamos, que de buena gana iba yo en lugar tuyo.

ROSA — Pues yo ahora estaba pelando unas patatas; de modo que si me ha de ayudar...

CHARLES — *(Aparte.)* (¿Yo pelando patatas?)

TOM — *(A don Gaspar.)* Bueno, ¿y no podría yo lavarme?

D. GASPAR — No faltaba otra cosa... Venga usted... Yo mismo le conduzco a su habitación...

MARTINA — Y nosotras... Anda, María Luisa... Apóyate en el brazo de este caballero para hacerle los honores...

TOM — No, ¡si puedo subir sin ayuda! ¡Menudas piernas tengo!... acostumbrado a la cera de los pisoss...

M.ª LUISA — ¿De bailar, verdad?

TOM — Sí... Eso, de bailar... ¡Y menudo baile!... Pues ¿y los brazos? Claro, siempre con los zorros... *(Aparte.)* (¡Ay, me colé!)

CHARLES — Mi señorito dice lo de los zorros porque los

ha cazado cuando estuvimos en Inglaterra... ¡Es un gran cazador de zorros!

M.ª LUISA — Pues a mí los *sports* me gustan poco... Prefiero las novelas. ¿Y usted?

TOM — ¡Anda! Me ha ido usted a mentar mi debilidad. A mí me ponen en las manos una novela buena y soy feliz para seis meses... que es lo que tardo en leerla. *(Mutis de Tom y María Luisa seguidos de Gaspar y Martina.)*

MARTINA — *(Mientras suben por la escalera.)* ¿Qué te parece a tí? ¿Se entenderán?

D. GASPAR — Puede. Pero hija, estos americanos son de una brusquedad... *(Mutis.)*

ROSA — *(A Charles, al quedar solos.)* Venga usted a la cocina...

CHARLES — ¿A la cocina? ¿A qué?

ROSA — A pelar patatas.

CHARLES — *(Contundente.)* No. Si acaso, tráigalas aquí...

ROSA — ¿Cómo? ¿En el «hall»? Si los señores se enteran...

CHARLES — ¡Valiente partida de cursis están hechos!...

ROSA — ¿Cursis mis señores? *(Aparte.)* (¡Ay, que yo no le puedo oir con tranquilidad! ¡Ay, que yo le pego a este hombre!) Bueno... ¡Voy a por las patatas!... *(Mutis.)*

CHARLES — *(Imitándola.)* ¡Voy a por las patatas!... Me parece a mí que me voy a llevar mal con «mi compañera». ¡Marisabidilla! *(Pequeña pausa. Se sienta.)* ¿Y qué conversación le doy yo a esta pobre chica? Le tendré que hablar del salario y de... ¿De qué hablarán los criados? ¿Qué les gustará a las criadas? ¿De qué entenderán las criadas?

ROSA — *(Entrando con una cazuela con patatas y cuchillos.)* Aquí tiene usted. Las patatas y el cuchillo... Procure mondarlas sin desperdiciar, que ahora han subido...

CHARLES — Bueno... Probaré... *(Mondan las patatas los dos. Aparte.)* (¡Señor!... Haz que se

me ocurra una conversación que sea muy ordinaria, muy ordinaria...)

ROSA (*Aparte.*) ¿De qué hablo yo con este hombre? Me figuro que no voy a conseguir ponerme a tono con él!)

CHARLES (*Aparte.*) Yo creo que el silbar debe ser una cosa muy de criados... (*Silba un fox trot.*)

ROSA (*Aparte.*) Cantaré. Eso es una cosa muy de criadas cuando trabajan...

«Dame la mano paloma
»para subir al tranvía,
»que está cayendo
»la nieve fría...»

CHARLES ¡Bonita canción!... No tiene mucho sentido común, pero es bonita... «Dame la mano paloma para subrir al tranvía...» No sabía yo que las palomas podían dar la mano...

ROSA Pues ahí verá usted.

CHARLES Por supuesto, usted es española.

ROSA ¡A Dios gracias! ¿Y usted americano?

CHARLES Norte... Norteamericano...

ROSA Por muchos años...

CHARLES Gracias. ¡Y siendo española, bailará usted!...

ROSA ¡Ya salió lo de siempre!... ¡La pandereta! (*Muy quemada.*) Bueno, pues sí. Bailo con castañuelas, tengo un novio torero que se llama Escamillo y otro bandido que se llama José María o el Rey de Sierra Morena; me confieso con un fraile de la Merced, voy los domingos a los toros en calesa, y cuando subo y bajo se me ve la navaja en la liga... ¿Está usted contento?

CHARLES No. Estoy asustado de las mentiras que dice.

ROSA Pero si es que ustedes, los extranjeros, se han empeñado en que España sea como se les antoja.

CHARLES ¿Y cómo es España en realidad?

ROSA — Yo, de España... sé poco, ¿sabe usted? Yo... lo que conozco es Madrid.

CHARLES — ¿Vale tanto como Nueva York?

ROSA — ¡Más!

CHARLES — ¿Las calles son tan anchas como aquí?

ROSA — ¡Mucho más! Si serán anchas, que en algunas, de acera a acera, hay un metro... Y su pavimento es como un espejo... y no hay nunca zanjas ni pozos.

CHARLES — ¿No?

ROSA — En los tranvías siempre sobra sitio, y no va nadie en las plataformas.

CHARLES — ¡Ah!

ROSA — Los coches de alquiler son limpios, y los cocheros, amables.

CHARLES — ¡Bravo!

ROSA — No hay tabernas...

CHARLES — Muy bien.

ROSA — Y de diversiones, no hablemos. Las muchachas vamos a bailar al Pálas y al Ritz.

CHARLES — ¿Y qué es eso?

ROSA — Pues... *(Dándose cuenta de la coladura.)* Verá usted, el Pálas y el Ritz son los sitios donde se reunen a bailar las criadas...

CHARLES — ¡Ya!

ROSA — Pues de los alrededores de Madrid, no quiera usted saber, ¡son preciosos! Verdaderos jardines. Palmeras, lirios, azucenas. En todas las carreteras hay toldos para el sol, y cada quinientos metros, un jazz band para divertir a los que pasan.

CHARLES — ¡Oh, sí! Todo esto es verdad... Yo lo afirmo.

ROSA — *(Un poco quemada.)* ¿Pero usted qué sabe?

CHARLES — Estuve en Madrid dos meses cuando fuí a Europa.

ROSA — *(Aparte.)* ¡Ahora sí que me ha matado este antipático! *(Alto.)* Y si lo ha visto, ¿por qué me pregunta usted?

CHARLES — He querido saber su opinión. Ya veo que

es muy justa y muy verdadera. Es usted una especialidad para descubrir poblaciones...

D. GASPAR — *(Que baja por la escalera.) (Rosa hablando con el criado.)* ¡Tom!... ¡Tom!

CHARLES — *(A Rosa.)* ¿Es al perro, verdad?

ROSA — No, hombre. Es a usted.

CHARLES — Ah, sí... Ahora recuerdo. ¿Qué desea?

D. GASPAR — Esta lista de encargos que me ha dado la señora. *(Se la entrega.)*

CHARLES — Muy bien.

ROSA — Yo me voy a la cocina, que tengo que hacer el almuerzo.

CHARLES — Voy yo también.

ROSA — No es preciso. ¿Y las patatas?

CHARLES — Sólo falta una... ésta... *(Rosa se va con las patatas.)*

D. GASPAR — ¿Y qué le parece?

CHARLES — Que es dura de pelar.

D. GASPAR — ¿Eh?... Si digo la lista.

CHARLES — Pues me parece que tiene usted que darse un paseo terrible. Son muchos encargos.

D. GASPAR — ¡Pero si el que ha de hacerlos es usted!

CHARLES — ¿Yo? (Bueno, tengo el coche a la puerta...)

D. GASPAR — Y ahora, veamos... En confianza. Usted parece un hombre listo, y yo deseaba preguntarle algunas cosas... Mi democracia sinceramente sentida allana obstáculos y franquea abismos de diferencia de clase. No comparto las ideas de vanidad de quienes desdeñan todo trato con los servidores. *(Pequeña pausa.)* Deseo que me dé algunas noticias sobre el modo de ser de su señorito.

CHARLES — ¿Que le dé noticias de su señorito? En seguida. ¡Ya lo creo! No faltaba más... Lo que quiera el señor... Pues... Mi señorito es una excelente persona. Claro es que sus formas son de lo más ordinario, como usted habrá visto...

D. GASPAR — Sí, eso sí. Y deploro..

CHARLES — Pero no es un mequetrefe, no, señor... Es jugador... bebe... se acuesta de día... ¡Lo que se llama un hombre!

D. GASPAR — ¡Ah! ¿De modo que?...

CHARLES — Tiene otros vicios, pero son cosa sin importancia. Es muy fumador de opio... toma éter... y además...

D. GASPAR — ¿Acaso bebe cocaína?

CHARLES — ¿Beberla? ¡No! La cocaína la toma en baños.

D. GASPAR — ¡Demonio!

CHARLES — Además, es cleptómano y un poco neurasténico. Tiene enfermos el hígado y el bazo y es artrítico.

D. GASPAR — Pues me da usted unos informes que...

CHARLES — Son la pura verdad, caballero. ¡Llevo tanto tiempo a su servicio, que no tiene secretos para mí!

D. GASPAR — No podemos hacer nada entonces; yo no le he de entregar mi hija a un hombre de esas condiciones

CHARLES — ¡Ah! ¿Pero pensaba usted casarle con su hija? No creo que el señorito hiciese tal locura... ¡Sería un cargo de conciencia!... ¡Un verdadero crimen!

D. GASPAR — ¿Cómo?... ¿Acaso tiene también algo que le ate?

CHARLES — Atarle, no; tiene, eso sí... Tiene dos hijos en la Quinta Avenida, con una vendedora de periódicos, uno con una portera y dos con una mecanógrafa, pero nada más...

D. GASPAR — Pues diga usted que es un sujeto recomendable.

CHARLES — Míster Harleson, su papá, hace todo lo que puede porque se case, pero es difícil que encuentre novia...

D. GASPAR — ¡Claro que es difícil! Yo jamás entregaría a mi hija a un hombre así... Voy a telegrafiar al padre dciéndole que no se moleste.

CHARLES — Si quiere usted. Yo mismo pongo el telegrama.

D. GASPAR — Sí... Eso es... Un pretexto... Una disculpa discreta...

CHARLES — Sí... Ya sé... No se preocupe. Yo me encargo...

D. GASPAR — Muy bien. Y conste que le agradezco mucho... *(Mutis.)*

CHARLES — *(Al ver que se va.)* Hecho. Ahora pongo a mi padre un telegrama y se acabó el asunto. Una disculpa cortés. Sí... Ya está. *(Escribiendo.)* «Míster Harleson. New York. 378 Broadway. Es inútil que se moleste en hacer planes de boda. Su hijo es un ordinario que no puede emparentar conmigo. Suyo, Gaspar Laportilla.» *(Guardando el papel.)* En cuanto lea esto, mi padre no vuelve a hablarme de boda y soy libre... Ahora a hacer la lista de recados... Es el último esfuerzo de mi corta vida de ayuda de cámara... *(Mutis por el foro.)*

(A tiempo que sale, bajan por la escalera Tom, del brazo de María Luisa y detrás Martina.)

MARTINA — Veo con gran placer que su carácter y el de María Luisa se avienen perfectamente.

M.ª LUISA — ¡Míster Charles es de una galantería!...

TOM — ¡Educación y trato de gentes! Los que tenemos capital y hemos ido a colegios de pago, sabemos lo que hace falta para ser distinguidos.

M.ª LUISA — Ahora, si quiere, podemos hacer un poco de música. ¿Es usted filarmónico?

TOM — No, señorita, a Dios gracias. No tengo ninguna enfermedad.

MARTINA — *(Aparte.)* (Rico, puede que lo sea, pero ¡qué extravagante!) *(Alto.)* Mientras charlan ustedes, yo voy a dar una vuelta a la cocina.

TOM — ¡No! ¡Eso sí que no!... No nos deje solos, que yo me conozco y...

MARTINA — Ejem, ejem... *(Aparte.)* (¡Es una verdadera caballería!) *(Alto.)* ¿De modo que su

padre, Míster Harleson, sigue mirando con gran interés esta finca?

TOM ¡Mi padre lo mira todo con interés! Es muy interesado. *(Pausa.)* Pero, por lo que veo, aquí hacen ustedes una vida aburridísima. No tienen ustedes nada para divertirse. Ni una baraja, ni un gramófono, ni dominó... Ni siquiera una pianola, como en los bares.

M.ª LUISA Pianola, no; porque yo toco el piano.

TOM No es lo mismo. ¿Cómo va usted a comparar sus dedos con una máquina?

ROSA *(Saliendo.)* ¡Señora!... Vengo a que la señora me diga si hago al fin el postre de leche o sólo el púding.

MARTINA Ahora iré yo, hija mía.

TOM *(Aparte.)* (¡Qué bien está esta chica!... No lo puedo remediar, pero me gusta más que la otra con sus perifollos... Claro... A uno le tira lo de uno...

ROSA ¿Al señor le gusta el púding?

TOM Al señor le está gustando... lo que...

ROSA ¿Deseaba algo el señor?

M.ª LUISA No, nada. No deseaba nada, Rosa.

TOM Perdón. Un momento, niña... Que ahora reparo que tengo las botas llenas de polvo, y como no está mi criado...

MARTINA Vendrá en seguida... Le enviamos a unas compras.

TOM Sí, sí. Pues mientras viene, tráete un trapo, preciosa, y... listos.

M.ª LUISA *(Aparte.)* (¡Qué vergüenza! ¡Mi hermana limpiándole las botas a un hombre!)

MARTINA Caballero... Si le es igual... Yo misma puedo...

ROSA No, señora... ¡Eso faltaba!... No me cuesta trabajo. *(Mutis a por un trapo.)*

TOM Claro, hija. Como que las botas son de charol; de lo bueno, y se limpian con mirarlas... Hay otras de becerro, ¡que esas sí

que son duras de limpiar y sacar lustre... Pero éstas...

ROSA — *(Entrando con el trapo.)* Aquí está.

MARTINA — *(Aparte.)* ¡Esto me subleva!...

M.ª LUISA — *(Aparte.)* ¡Qué bochorno!

ROSA — Traiga el pie... Así... ¡Qué piececito!... ¿Calza usted lo menos?..

TOM — El cuarenta.

ROSA — Pues parece el cuarenta triplicado... por el tamaño. No se caerá el señorito, no... ¡Así! El otro pie...

M.ª LUISA — ¡Cuidado!... Que baja papá, y como se entere de que acabas de limpiarle las botas, nos da un mitin.

D. GASPAR — *(Baja por la escalera, hablando.)* (Ahí está; yo no puedo aguantar a este yanqui mal educado, ni un minuto más!)

ROSA — Aquí está papá...

MARTINA — Trae el gesto de las interpelaciones... Malo, malo.

D. GASPAR — Id, id vosotras a lo que haga falta... Yo haré compañía a este caballero.

MARTINA — Pero si no tenemos nada que hacer...

D. GASPAR — *(Haciéndola señas.)* Creo que la doncella os necesitaba.

MARTINA — *(Fingiendo no verle.)* No, hombre, no... ¡si está todo hecho! Haremos compañía a Charles. Le entretendremos.

D. GASPAR — ¿Es que el señor se aburre?

TOM — ¿Aburrirme? Aún no... Yo soy de buen conformar...

D. GASPAR — El caso es que su señor padre le estará echando de menos... Acaso tenga usted que acortar su estancia aquí mirando eso...

TOM — ¡Ca! No, señor... Que espere mi padre. Sigo aquí lo menos un mes. Tan a gusto...

MARTINA — Tiene razón este caballero. Debemos darle gracias.

TOM — No. ¡No las merece!... Claro es que como en casa de uno no se está en ninguna parte, pero en fin... Algo hay que sacrificar...

MARTINA — *(Aparte a Gaspar.)* Has estado inconvenientísimo... ¡Casi le has echado!

D. GASPAR — No temas; tiene piel de elefante. Este no se va de aquí en un trimestre, si lo dejamos.

M.ª LUISA — *(Mirando por el foro.)* Ya vuelve su criado, Míster Charles.

CHARLES — *(Entra cargado de muchos paquetes, que va dejando sobre la mesita de escena.)* Ya estoy de vuelta... ¡Vaya una lista de encargos, señora!...

TOM — Bueno. Veamos si lo has hecho bien.

CHARLES — La lista. *(Saca la lista y lee.)* «Recoger el sombrero de la señorita María Luisa.» *(Lo saca Tom.)* Una coliflor tiene más elegancia que este casco de las trincheras.

MARTINA — ¡Eh! ¿Qué dice usted?

CHARLES — Sigo. «Recoger del tinte la salida de teatro de la señora.» *(La saca.)* Aquí está. La señorita del tinte se ha reído mucho al pedírsela.

TOM — *(Cogiéndola y riendo.)* ¿Llaman a esto, lleno de zurcidos, salida de teatro? Esto es la capa de San Martín, después de partirla... y gracias.

MARTINA — ¡Mi capa la de San Martín!

D. GASPAR — *(Aparte.)* ¡Qué lenguaraz es este hombre!

TOM — «Encargar un ciento de huevos.» He de advertir a la señora que huevos se escribe con *h*.

MARTINA — No necesito lecciones de ortografía.

TOM — Señora, el saber no ocupa lugar...

CHARLES — *(Leyendo de nuevo.)* «Recoger el flequillo y el moño de la señora.»

TOM — ¿Con que nos dedicamos a los postizos, eh, señora

TODOS — (¡Oh! Son insoportables...)

D. GASPAR — Bueno, Martina. Ten la bondad de recoger todo eso, que yo voy a enseñar la finca a este señor.

TOM — *(Asustado.)* ¿Toda?

D. GASPAR Sí... *(Aparte.)* (Hasta la puerta de salida.)

MARTINA Nosotras vamos también, Gaspar... Caballero, dele el brazo a mi hija... ¡ Rosa ! ¡ Rosa !

ROSA *(Entrando.)* Mande la señora.

MARTINA Vamos a dar una pequeña vuelta. A ver si al regreso podemos almorzar.

ROSA Como deseen los señores. Todo estará dispuesto para que los señores almuercen...

D. GASPAR *(Aparte a Martina.)* ¿Vas a consentir que tu hija trabaje así por servirnos? Es un abuso, y yo no aguanto más. *(Salen por la puerta de la derecha. Tom, María Luisa, Martina y Gaspar.)*

ROSA Y ahora, vaya usted poniendo la mesa mientras yo vigilo el asado.

CHARLES ¿Sigue usted de marimandona?

ROSA ¡Qué va una a hacer!... Hay tanto torpe. No me explico qué clase de criado es usted, que sabe tan mal su obligación.

CHARLES ¿Eh? *(Aparte.)* (¿Sospechará esta doncella que no soy criado? Le contaré una historia de mentira para que no sospeche la verdad. Vamos a ver si sirvo para novelista. *(Alto.)* Pues si... en efecto... Adivinó usted mi triste historia. Yo no fuí criado nunca. Sólo el azar pudo traerme a esta mísera condición de servir a los demás, yo, que tantas veces me hice servir.

ROSA Le advierto a usted que yo no voy al cine por no ver películas; de modo que no es cosa de que me coloque usted una...

CHARLES Créalo usted o no. Mi vida es una novela. La fatalidad me hizo caer. Estaba yo tan alto, tan alto...

ROSA ¿Era usted relojero?

CHARLES Más alto.

ROSA ¿Aviador?

CHARLES ¿Tiene usted ganas de broma? ¡Cómo se

conoce que no ha descendido usted en la vida! Yo era...

ROSA ¿Empleado de Banca?

CHARLES No, ¡más!, ¡mucho más! Yo era... Baronet en Londres. El baronet Willy. El más elegante de los gentleman que se paseaban por Picadilly...

ROSA *(Sin creerle.)* ¿Sí?

CHARLES Lores y Pares se disputaban mi amistad; hermosas artistas soñaban con mi amor... Y todo lo perdí...

ROSA Por el juego, ¿verdad?

CHARLES Por una mujer...

ROSA ¿Va usted a cantar el «Benamor»?

CHARLES ¿Qué es eso?

ROSA Una opereta española.

CHARLES ¡A qué explicar a usted aquellos amores de perdición? ¿A qué contarle la historia dolorosa de una traición femenina que me deshizo el corazón y la vida? Perdí mi fortuna, rodé, caí, cada vez más bajo, y al venir a América para ganarme el sustento, tuve que aceptar el ser ayuda de cámara de ese mamarracho de señorito.

ROSA ¿Ve usted? ¡En eso estamos conformes!

CHARLES En lo demás, no, porque usted no puede comprenderme. Yo me hago cargo... Es usted una pobre muchacha sin más horizontes que su vida obscura...

ROSA *(Aparte.)* Ahora verás tu obscuridad. *(Alto.)* Pues sí... Lo comprendo todo... porque esa historia dolorosa... Esa vida de sufrimientos que usted pinta tan bien... ¡Es igual que la mía!

CHARLES ¿La suya? *(Aparte.)* ¡Y no se expresa mal! ¿Tendrá esta chica una novela?

ROSA ¡Ay, Baronet!... ¡Qué amarga es la vida!

CHARLES ¿Cómo? ¿Pero usted no ha sido siempre criado? ¿Qué ha sido usted? Cuéntemelo. ¿Artista?

ROSA ¡Qué disparate! Yo he sido en España...

¡Dama de honor de Su Majestad la Reina... *(Aparte.)* (¡A mí no me achicas tú, Baronet!)

CHARLES ¿Es posible? *(Aparte.)* (¡Miente más que habla la pobre!)

ROSA Mi situación brillante de fortuna me permitía lujos y comodidades que no quiero recordar para no amargarle sus ilusiones... Autos, criados de calzón corto, reverencias palatinas... *(Las hace.)* Discreteos llenos de distinción... Fiestas de corte... ¿Qué tal, Baronet?

CHARLES ¡Oh, divina Condesa!... ¡Encantado!

ROSA Y todo, al son de una música deliciosa...

CHARLES Escuchando los surtidores del jardín que dicen madrigales...

ROSA Entre el froufrou de las sedas y la espuma de los encajes...

CHARLES Las horas pasan suaves, frívolas, sin sentir...

ROSA La noche se va con su corte de estrellas...

CHARLES Y sólo queda una... una, que habla de amor...

ROSA ¿Eh? ¿Cómo? *(Volviendo en sí del momento de abandono.)* ¿Pero qué cursilerías está usted diciendo?

CHARLES He de advertirle que, de todos modos, no creo una palabra de lo que usted me cuenta.

ROSA ¡Toma!... ¡Ni yo tampoco!

CHARLES Y, sin embargo... Usted no habla como debe hablar una doncella.

ROSA Ni usted como debe hablar un criado...

CHARLES Y eso significa que tan mentira es lo de la dama de honor...

ROSA Como lo del Baronet Willy.

CHARLES Y tan falso lo de la doncella...

ROSA Como lo del ayuda de cámara...

CHARLES Es usted una pura mentira...

ROSA Y usted una completa falsedad.

CHARLES ¿Y eso qué quiere decir?...

ROSA Quiere decir... ¡Quiere decir que huele a

quemado de un modo horrible! *(Olfateando.)*

CHARLES Eso sí que es verdad.

ROSA ¡Mi asado, que se ha hecho un tostón!... Corro a la cocina. ¡Usted tiene la culpa! ¡Fastidioso!...

CHARLES ¿Yo?

ROSA ¡Embustero!... *(Echa a correr.)*

CHARLES ¡Charlatana!... *(Rosa ha hecho mutis.* ¡Bueno! ¿Tendría razón mi criado al decirme que cuando hiciese su papel hasta me gustarían las doncellas?

MARTINA *(Entrando con Gaspar, María Luisa y Tom.)* ¡Rosa!... ¡Rosa!... ¡La comida!...

CHARLES Está con ella...

ROSA *(Entrando.)* Cuando los señores gusten, serán servidos los señores.

MARTINA Bien, Rosa, muy bien.

D. GASPAR *(Aparte.)* (¡Qué preciosa está!... ¡Qué hija! ¡En cuanto pueda, le doy un beso!)

CHARLES *(Aparte a Rosa.)* (¿En qué quedó lo del asado?)

ROSA No fué nada de particular... Ya está arreglado todo... Una falsa alarma. *(Mutis comedor.)*

MARTINA Vamos a la mesa.

M.ª LUISA ¿Le ha abierto el apetito el pequeño paseo?

TOM Tengo un hambre que devoro. A mí me gusta darme buena vida. Lo que entra por el aro es siempre salú y hermosura.

M.ª LUISA Yo como poco... por conservar la línea.

TOM ¡Déjese usted de líneas! Tripas llevan pies.

M.ª LUISA *(Aparte.)* Siempre diciendo vulgaridades! ¡Lleva dos horas hablando y aún no citó a ningún poeta!...

MARTINA ¡A la mesa, señores! Usted *(Al Tom.)* dispensará las deficiencias que encuentre... Es preciso hacerse a la idea de que estamos en el campo. *(Hacen mutis.)*

FACTOR *(Entrando con un telegrama.)* ¿Míster Laportilla?

CHARLES ¿Qué hay? *(Rosa sale del comedor y cruza hacia la cocina.)*

FACTOR Este telegrama.

CHARLES Está bien. *(Firma el recibí, que devuelve al factor. Este hace mutis. Charles lo abre y lee.)*

ROSA ¿Pero va usted a abrirlo?

CHARLES ¡Naturalmente! Es la primera obligación de un criado. Estos papelitos azules traen siempre un disgusto, y es preciso enterarse, y si se le puede evitar al amo, mucho mejor...

ROSA Pero es indiscreto... *(Mutis cocina.)*

CHARLES *(Leyendo.)* «Mi hijo es un hombre modelo.» (¡Gracias, papá!) «El ordinario lo será usted. Voy allá a probárselo... Harleson.» ¡Viene! ¡Viene aquí mi padre! *(Cae en una butaca.)*

ROSA *(Entrando de la cocina con una sopera.)* Ande, sirva usted la sopa...

CHARLES ¡Que la sirva Tutankamen!...

ROSA *(Impaciente.)* ¡Ay, qué poco iba usted a durar en mi casa si yo fuese señora!...

CHARLES ¡Qué poco iba a durar en la mía si yo fuese señor.

ROSA *(Aparte.)* (¡Pobre!... ¡Si él supiera!)

CHARLES *(Idem.)* (¡Infeliz!... Si ella se figurase!)...

TOM *(Dentro.)* ¡La comida!...

LOS DOS ¡Va!... *(Charles se levanta y, cogiendo la sopera, hace mutis por el comedor seguido de Rosa.)*

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto. La acción se supone media hora después del acto anterior.

(En escena, sentado en primer término, RUFINO GAZAPO, tipo un poco vulgar, de hombre estudioso. ROSA y CHARLES van y vienen, en sentido contrario siempre, con fuentes y objetos de mesa. Se supone que están terminando de servir la comida. Don Gaspar Laportilla, servilleta en mano, ha salido a saludar al recién llegado.)

GAZAPO — Por mí no se moleste, señor Laportilla.

D. GASPAR — ¡No hay molestia, amigo Gazapo! Ahora saldrán Martina y mi hija. Estamos terminando de comer. Sólo nos faltan los postres... ¿Pero por qué no pasa usted?...

GAZAPO — Perdóneme, pero me sería violento.

D. GASPAR — En ese caso... Por supuesto, ¿usted habrá comido ya?

GAZAPO — Sí, señor, sí... Claro. *(Tímido, cortado.)*

D. GASPAR — Vuelvo entonces al momento... *(Mutis por el comedor.)*

GAZAPO — Sin prisa... *(Al quedar solo.)* Por haber

perdido tontamente dos trenes, he llegado tarde. ¡Cualquiera dice a estas horas que aún no he comido, cuando ellos ya están terminando!... Aaaah... Me caigo de debilidad, pero... no hay remedio. Esperaré a la merienda.

ROSA (*Saliendo del comedor. A Charles, que sale del pasillo con una fuente de natillas.*) Tom. Tom, su amo, que le eche usted más vino...

CHARLES ¿Pero hasta cuándo va a seguir bebiendo esa cuba?...

ROSA Deje las natillas en cualquier sitio para que acaben de enfriarse... (*Refiriéndose a la fuente que trae Charles.*) Entre tanto, yo preparo el café... (*Mutis pasillo.*)

CHARLES (*Dejando las natillas junto a Gazapo en una mesita y yéndose hacia el comedor.*) ¡Qué cansado es esto de servir la mesa!... Qué harto estoy ya... (*Mutis.*)

GAZAPO (*Mirando a todos lados.*) ¡Solo!... Y las natillas tienen una cara que... Yo voy a probarlas a ver si corresponde el gusto a la vista. (*Come con voracidad algunas cucharadas.*) ¡Deliciosas! ¡Verdaderamente deliciosas! (*Sigue comiendo.*) Gustosísimas... En mi vida probé un plato mejor hecho... (*Continúa comiendo muy de prisa.*) ¡Demonio!... Cómo se nota la diferencia de nivel entre antes y ahora... Es un problema de ingeniería que no sé cómo resolver...

ROSA (*Saliendo de la cocina y cogiendo las natillas.*) ¡Uy, cómo han bajado!... (*A Charles, que sale del comedor.*) ¿También es usted goloso, eh?

CHARLES ¿Yo?

ROSA Se ha tomado usted la mitad de las natillas. (*Le da la fuente.*)

CHARLES (*Asombradísimo.*) ¿Yo?

GAZAPO (*Aparte, muy apurado.*) (¡Ay, que lo no-

tan!... ¡Ay, qué ridículo más espantoso!...)

ROSA — Claro que usted...

CHARLES — ¡Bueno! *(Aparte.)* Riñe, riñe... ¡Para lo que te va a durar, dama de honor!... *(Hace mutis por el comedor con las natillas.)*

ROSA — ¿Qué le parece a usted el señor Gazapo?

GAZAPO — *(Un poco azorado.)* Vera usted... Claro... Eso es según se... mire... Y no estando seguros de... Hay que apreciar las circunstancias atenuantes...

ROSA — *(Haciendo mutis por la cocina.)* ¡Señor! ¡Señor! ¡Cómo está el servicio!

CHARLES — *(Saliendo del comedor con una gran fuente de rosbif, que al accionar le mete por las narices a Gazapo.)* Menudo plantón le están dando a usted, caballero... ¡Y todo por el ordinario de mi señorito, al que atienden como a un duque... ¿Qué dirá usted que acaba de hacer?... *(A Gazapo se le van los ojos y siente «vértigos».*

GAZAPO — No sé...

CHARLES — Beber en el plato la salsa después de comer el pescado con cuchillo... ¿Qué le parece?

GAZAPO — *(Por la fuente que Charles trae.)* ¡Exquisito!

CHARLES — ¿Qué?

GAZAPO — No, nada... Estaba en mis cosas.

ROSA — *(Saliendo por el pasillo con otra fuente. Airada.)* Si se está usted con esa calma. no acabaremos nunca.

CHARLES — Pero es que usted se figura...

ROSA — Vamos, vamos... ¡aprisa!

CHARLES — Voy, voy... ¡Qué muchacha tan áspera! *(Mutis pasillo.)*

ROSA — ¡Qué hombre más calmoso! *(Mutis comedor.)*

GAZAPO — *(Aparte.)* ¡Vaya por Dios! Decididamente, hoy no como... ¡Que llegue pronto la merienda!... ¡Aaaah!... *(Bosteza.)*

D. GASPAR (*Saliendo del comedor con María Luisa.*) ¿Le hicimos esperar mucho?

GAZAPO Nada de eso; ¡al contrario!...

D. GASPAR (*Presentando.*) Mi hija María Luisa... El señor Gazapo...

M.ª LUISA Tanto gusto, caballero... (*Aparte.*) (¡Es feísimo! Me gusta más el otro!...)

D. GASPAR (*A Martina, que sale del brazo de Tom:*) Es mi esposa...

MARTINA ¡Caballero!...

GAZAPO Tanto honor...

D. GASPAR Y este amigo... (*Por Tom.*)

TOM (*Interrumpiéndole.*) Charles Harleson... Hijo de Harleson... Muchacho de la buena sociedad. Instruído, educado, notable en los sports...

MARTINA (*Aparte.*) ¡Ya metió otra vez la pata! (*Alto.*) ¡Tom!...

TOM (*Distraído.*) ¿Qué quiere usted?

MARTINA No... Si es a su criado...

TOM (*Dándose cuenta.*) ¡Ah, sí!... ¡Tom!...

CHARLES (*Saliendo.*) ¿Qué desean los señores?

MARTINA Sírvanos aquí el café... (*Mutis de Charles.*)

D. GASPAR (*Sentándose alrededor del velador.*) Pero cuéntenos, amigo Gazapo... ¿Fué bueno el viaje?... ¿Cuándo llegó?

GAZAPO A New York, ayer... Y como Remigio se interesaba mucho en que viese la finca... Les quiere a ustedes mucho... Yo tenía vivísimo deseo de tratarles... Me habló tan bien de todos... y especialmente de María Luisa... Ya, ya veo que no exageró en sus elogios...

M.ª LUISA Muchas gracias.

TOM Como que la chica lo vale... ¡Vaya si lo vale!... Tampoco aquí... (*Por Martina.*) está maleja, y a los veinte años... estaría como para no aburrirse... ¿Verdad, señor Laportilla?

D. GASPAR — Caballero, yo... (¡No sé cómo aguanto a esta impertinente!)

MARTINA — *(A María Luisa.)* Dice cosas agradables, ¡pero las dice de un modo!

M.ª LUISA — *(Idem a Martina.)* ¡Sin embargo, entre el ingeniero y él, le encuentro más joven y más elegante!

TOM — De modo que el señor viene a ver la finca... ¿Es usted de esos que entienden de labranza?

GAZAPO — Ingeniero agrónomo.

CHARLES — *(Saliendo por el pasillo con el servicio.)* Aquí está el café.

ROSA — *(Saliendo del comedor.)* Traiga. Que va usted a derramarlo todo... (¡Qué hombre más torpe!)

CHARLES — *(A Martina.)* ¿Sólo?...

MARTINA — Con leche...

D. GASPAR — *(A Gazapo.)* Pues ahora visitará la finca.

CHARLES — *(Sirviendo café a don Gaspar.)* ¿Sólo?

D. GASPAR — No. Irá conmigo...

TOM — *(Riendo groseramente.)* ¡Anda!... ¡Se ha colado! ¡Si lo dice por el café! Ha estado gracioso, ¿eh? ¡Ja, ja, ja!... *(Medio tambaleándose.)* Bueno... Yo, que apenas he probado el vino...

CHARLES — *(Aparte.)* Sí, pobre... ¡Media arroba nada más!

TOM — Pues talmente estoy que no me tengo... Como que yo también les acompaño a ver la finca para que me dé un poco el aire y me despeje...

M.ª LUISA — Muy bien... Y hablaremos...

TOM — ¿Ah, sí?... *(Aparte.)* (Lo que yo decía... ¡El traje!... ¡Ya está enamorada de mí esta cursi!)

D. GASPAR — Terminado el café, si no siente usted fatiga, amigo Gazapo, daremos una vuelta por la finca.

GAZAPO — Sí... Es preferible... El aire libre... la... aaah.

D. GASPAR — Probará usted unas frutas que se dan... cosa deliciosa...

GAZAPO — ¿Frutas? ¿Con que se dan frutas? ¡Pue ahora mismo! ¡Ya lo creo!

D. GASPAR — A mí me parece que convirtiendo el secano en regadío sería esto admirable, pero como no hay agua..

GAZAPO — ¿Han probado ustedes a hacer pozos artesianos?

D. GASPAR — Sí; pero sale un agua muy turbia y grasienta.

TOM — ¿Artesianos? ¡Qué ordinariez! Se dice artesanos.

D. GASPAR — Y las tierras son algo pegajosas y de mal cultivo...

GAZAPO — Ahora veremos, ahora veremos... *(Levantándose.)*

D. GASPAR — *(A Martina y María Luisa.)* ¿Venís?

MARTINA — Iremos detrás con el señor Harleson... Pero antes voy a subir a... *(A Tom.)* En seguida soy con ustedes... *(Mutis por la escalera. Por el foro salen Gazapo y don Gaspar.)*

TOM — *(A María Luisa.)* ¿Qué ha dicho que es?

M.ª LUISA — Que en seguida baja... Entre tanto, usted y yo...

TOM — ¡Vamos!... ¿Hay arbolado tupido?...

M.ª LUISA — *(Ingenuamente.)* ¿Por qué lo pregunta? ¿Por el sol, acaso?

TOM — Por... el sol, sí... claro... *(Iniciando ambos el mutis por el foro.)* ¡De primera!... ¡La vida es un diorama! *(Salen. Quedan solos en escena, recogiendo el servicio de café, Rosa y Charles, pero al ver salir a María Luisa se tiende en un sillón, se sirve una taza de café y enciende un habano que toma de la caja de don Gaspar.)*

ROSA — ¡Me gusta la frescura!

CHARLES — Entonces debo gustarle yo mucho.

ROSA — Por lo fresco, ¿verdad?... Tenderse a la

larga, tomar café y fumarse los habanos del señor. ¡Muy bonito!

CHARLES — Es lo clásico, hija mía. No hay criado que se estime que deje de hacer esto en cuanto los señores vuelven la espalda.

ROSA — Pues es una falta de aprensión que asusta. Ahora que, ¡si es lo clásico!...

CHARLES — Tan clásico como hacerle el amor a la compañera. Ven aquí, muchacha.

ROSA — *(Airada.)* ¿Cómo dice usted? ¿A qué viene ese tuteo?

CHARLES — *(Riendo.)* ¿Remilgos a estas alturas? ¡Vamos, chica no, seas boba!... De seguro que estabas algo extrañada de que sólo te hablase del servicio. ¡La vida hay que tomarla a broma!

ROSA — ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! O deja usted de tutearme o doy una queja a los señores...

CHARLES — Mira, niña, tus señores tienen demasiado que hacer con echar el lazo a cualquier pretendiente para casar a su hija y salir de apuros...

ROSA — ¿Qué está usted dciendo de mis señores? ¡Son unas personas decentísimas!

CHARLES — Pero completamente tronados. Por eso tratan de casar a la hija con un hombre de dinero.

ROSA — ¡Eso es mentira! Esta es una familia muy decente y de conducta intachable, y sólo a un criado como usted, con un alma muy servil y muy baja, puede ocurrírsele insultarles.

CHARLES — ¡Vamos, chica, déjate de echar discursos y ven acá!... *(Cogiéndole las manos.)*

ROSA — ¡Suelte usted!

CHARLES — Que no, ea... Que me gustas.

ROSA — *(Con gran energía.)* ¡Suelte, o grito!

CHARLES — *(Asombrado por la firmeza de la expresión de la Rosa, le suelta las manos y dice con un poco de despecho.)* ¡Nada. No hay

que asustarse, niña... Pero me parece a mí que lo ocurrido no es para tomar esos aires de reina ofendida, aunque se haya sido... todo lo «dama de honor» que usted dice...

ROSA ¡En la vida se me atrevió un criado a lo que usted ahora!...

CHARLES *(Con un poco de insidia, despechado.)* Un criado, no; pero un señor...

ROSA ¿Cómo se entiende?

CHARLES Digo sólo lo que he visto...

ROSA ¡Mentira! ¡Eso es una infamia!

CHARLES ¡Perdón! ¿Va usted a negarme que hace un rato salió don Gaspar, y sin duda, para demostrarle su interés de amo cariñoso, le tocó a usted la cara?

ROSA ¡Es que don Gaspar tiene derecho, porque es!...

CHARLES Es... muy amable, ya comprendo. Es el señor y la casa es buena...

ROSA ¡Dios mío! ¿Es usted tan torpe y tan grosero que piensa tal indignidad? ¿Tendré que pasar por este bochorno? ¿Seré tan desgraciada?... *(Rompe a llorar desconsoladamente.)*

CHARLES No... Llorar, no. Perdone... He sido un mal nacido y me avergüenzo de cuanto acabo de decir. Yo no puedo, no debo hacer a usted responsable de los atrevimientos de su señor...

ROSA Es que tampoco puedo tolerar que usted le eche la culpa!... ¡Si usted conociese su bondad!... Si usted supiera... *(Llora más.)*

CHARLES No quiero saber... Me basta con el sincero arrepentimiento de mi falta de delicadeza. Las razones que haya para lo que ocurrió, sólo a usted pertenecen; pero tratándose de usted, serán justas y nobles... Y ahora, oiga usted la única excusa que tiene mi torpeza...

ROSA Si yo lo comprendo... Es una cosa equivo-

ca que no puedo aclarar... Lo de usted ha sido sólo una ligereza disculpable...

CHARLES No, señorita... No fué ligereza. Fué una pasión, una mala pasión. Hablaron por mí unos celos ridículos. Ellos, mejor que mis palabras, descubrirán a usted los sentimientos que hay en mi corazón. Por ellos pequé y por ellos pido a usted que olvide y perdone.

ROSA ¿Cómo?

CHARLES Y ahora, que sabe usted la clase de afecto que me inspira, reconocerá que no estuvo en mi ánimo ofenderla, y en prueba de que es así, pregunto: ¿Quiere usted ser mi esposa después de perdonarme?

ROSA *(Súbitamente serena.)* Gracias, muchas gracias, Tom... Las palabras que acaba usted de pronuncir son de una delicadeza inesperada para mí... Me han hecho un gran bien, me han devuelto la serenidad que había perdido... Ha sido usted un hombre honrado. A pesar de su condición, podría tomar lecciones de usted un caballero. Perdóneme, sin embargo, lo que voy a decirle. Acepto sus palabras en lo que tienen de nobles y de bien intencionadas. Acepto su deseo de borrar lo dicho... acepto eso... nada más. ¡Pero eso sí! ¡Y le considero como un amigo!

CHARLES Yo aseguro a usted...

ROSA Basta, cállese... Ha dicho cosas tan bien dichas, que una palabra más podría destruir la hermosura de las anteriores.

CHARLES Obedezco y callo. Pero... ¿me permite usted besar su mano?

ROSA *(Rehusando.)* No es costumbre entre criados... Perdóneme. *(Resolviendo la violencia de la situación.)* ¡Tengo aún mucho que fregar en la cocina!... Quede usted con Dios, y muchas gracias... *(Mutis por el pasillo.)*

CHARLES — *(Intentando detenerla.)* ¡Rosa!... *(Se detiene.)* No... Yo comprendo que es una locura... Comprendo que perdí los estribos... Que sus lágrimas me han empujado a cometer una tontería... Pero ella... Ella piensa y siente más alto aún que yo... ¡Esto no puede ser, Charles! En un momento tú no has podido convertirte a una democracia tan desenfrenada... ¿Será un milagro del bolcheviquismo? ¿Estaré enamorado de veras de esa mujer? A mí se me ha subido a la cabeza el vino que le serví a Tom... Me voy a tomar el aire... Esto no es naturàl... ¡Vamos!, que inventar una comedia para no casarme con la señorita y acabar ofreciendo mi nombre a la doncella!... *(Mutis por el jardín.)*

ROSA — *(Sale como si hubiera estado observando.)* ¡Se va!.. ¡Y se va muy preocupado!... ¿Seré yo una coqueta? ¡Flirtear con un ayuda de cámara!... Yo estoy loca de atar... loca... ¡loquísima! Pero, señor, ¡si es que me gusta horrores este chico! ¡Si es que yo estoy para que me aten!..

MARTINA — *(Bajando por la escalera.)* Rosa.

ROSA — ¿Qué quieres, mamá?

MARTINA — ¿No hay nadie?

ROSA — Salieron todos a ver la finca.

MARTINA — ¡Endemoniada finca y qué disgustos nos está dando!

ROSA — ¿Pero a qué viene ese tono de melodrama?

MARTINA — A lo que todos los melodramas, hija. A la falta de dinero... Tu padre es un...

ROSA — Hablemos de otra cosa si te parece.

MARTINA — ¿Cuánto dinero supones que tiene tu padre en el bolsillo?

ROSA — No sé... No puedo hacer cálculos...

MARTINA — ¡Veinte dollars!.. ¿Te das cuenta ahora de la situación? ¡Es horrible! ¡Un espanto!

ROSA — Calma, un poco de calma. Pensemos soluciones.

MARTINA — Sólo hay una: tu tía Antonia, la de New York.

ROSA — ¡Ay, mamá! ¿Has olvidado que nos indispusimos cuando la herencia?... Tú misma obligaste a papá a que rompiese con ella todo trato.

MARTINA — *(Vivamente.)* ¡No, hija! Estás equivocada. Yo no quería eso, ni propuse tal cosa, ni muchas leguas menos. En aquella ocasión me limité a aconsejar a tu padre que hiciese ver a mi hermana Antonia que se había portado con nosotras como una garduña sin entrañas, apropiándose lo que no era suyo... Pero ¡nada más!

ROSA — ¿Y te parece poco?

MARTINA — Pero tu padre, que es muy mal diplomático, se fué a verla y se lo dijo tal como acababa de oírmelo a mí.

ROSA — Ya ves que te hizo caso.

MARTINA — ¿Y por qué me hizo caso? ¡Si me va a hacer caso en todo lo que digo!.. Un marido de carácter no debe nunca hacer caso de lo que le dice su mujer.

ROSA — Lo cierto es que reñimos de mala manera y ahora es imposible...

MARTINA — Ahí de tu habilidad... de tu monita, para convencer a las gentes. Porque he pensado que seas tú, que a más de sobrina eres su ahijada, la que vayas a verla y le digas...

ROSA — *(Resistiéndose.)* Pero mamá. Tú conoces el genio de tía Antonia, que es francamente insoportable...

MARTINA — ¡No he de conocerlo!... Si tenemos las dos igual carácter. Al fin somos hermanas, y eso es de familia... Pero tú vales mucho, hija... Sabes engañar muy bien.

ROSA — *(Vencida.)* ¿Qué tengo que pedirle?

MARTINA — Pues... dos mil dollars. La cosa es resolver

esto de una vez... Con las mejoras que vamos a introducir en la finca...

ROSA Sí, sí... Fíate de mejoras...

MARTINA En último caso, la venderíamos... Le aseguras que le devolveremos ese pico...

ROSA Que es un pico de... Europa...

MARTINA Te vas ahora mismo... Y pasas con ella un par de días... Ya verás cómo vuelves triunfante.

ROSA Es una misión diplomática como para acreditarse..

MARTINA Para tí no es nada difícil... Hay que ver de qué modo más admirable has hecho de doncella... Dabas tal impresión de realidad, que yo a veces, ¡ hasta sentía deseos de reñirte !

ROSA Buenos disgustos me cuesta esta ficción.

MARTINA ¿Sí, hija mía?

ROSA No quieras saber... Todo tiene sus amarguras...

MARTINA Ya, ya, hija... Esto de tener un padre que no sirve para nada, porque servir para político y nada, es todo uno...

ROSA *(Reconviniéndola.)* ¡ Mamá !

MARTINA Bueno. ¿En qué quedamos?

ROSA En que haré lo que dices.

MARTINA ¡ Hija de mi corazón ! Qué peso me quitas de encima... Porque tú lo consigues... Sales a mí, y cosa que se me mete en la cabeza... Bueno. Voy en busca de tu padre, no le dé al señor Gazapo demasiada lata... *(Le da un beso y hace mutis jardín.)*

ROSA Y yo me quedo recogiendo la mesa. ¡ Ay, Dios mío ! ¡ Qué caros me cuestan a veces los besos de mamá !... *(Hace mutis por el pasillo.)*

GAZAPO *(Por el jardín.)* No puedo más... *(Mira hacia todas partes.)* Si no encuentro un comestible, estoy perdido... *(Asomándose a la puerta del comedor.)* Aún está puesta la mesa... ¡ Cielos ! ¡ Un pedazo de pollo !...

¿Vienen? No... Yo me apodero de él. Me lo comería aunque estuviese cacareando. *(Mutis por el comedor. Por el jardín entra Míster Harleson. Se detiene un instante en la puerta. Por el pasillo entra con una bandeja y un cogemigas, Rosa.)*

ROSA *(Al verle.)* Pase el señor... *(Entra Harleson sin desplegar los labios y con avinagrado gesto.)* ¿Qué nombre anuncio?

HARLESON ¡Míster Harlesòn!

ROSA *(Aparte.)* El padre de Harleson... ¡Pues es bastante menos ordinario que su hijo... *(Alto.)* Siéntese, que ahora mismo avisaré. *(Mutis jardín.)*

HARLESON No me siento... Mis nervios están tirantes. ¡Mi sangre encendida! Llamar ordinario a Charles... ¡Ordinario mi hijo!... Van a saber lo que supone esto para un Harleson... ¡Lo van a saber!

GAZAPO *(Sale del comedor comiendo un muslo de pollo con verdadera fruición. De improviso, ve a Harleson y lo oculta a su espalda.)* *(Aparte.)* Este pollo sabe a gloria... Bueno... A este pollo le dejo yo en los huesos en un instante. *(Al ver a Harleson.)* ¡Diablo! Un caballero... *(Oculta el pollo.)*

HARLESON *(Tomándolo por el dueño de la casa.)* Ya está usted aquí... Va usted a explicarme ahora mismo lo que ha hecho...

GAZAPO *(Asombrado y escondiendo el pollo.)* ¡Caballero!... Yo...

HARLESON No trate de ocultar su grosería, disculpándose... Decir que es ordinario, cuando no hay otro más fino en todo New York.

GAZAPO (¿Quién será este hombre?)

HARLESON Cosa mía, ¡y está dicho todo! Y no toleraré sus desdenes.

GAZAPO No, si no lo desdeño...

HARLESON Entonces, ¿por qué ha metido usted la pata?

GAZAPO La debilidad... Pero estoy dispuesto a devolverla...

HARLESON ¿Se burla usted encima, señor mío ¡Lo que usted ha hecho no está bien!

GAZAPO Voy a confesarle a usted la verdad; no había comido...

HARLESON ¿Qué tonterías está usted diciendo, caballero? Eso no es excusa...

GAZAPO Sin embargo, fué la debilidad...

HARLESON Y, además, ¡decírmelo por telegrama!

GAZAPO ¿Yo?

HARLESON ¡Para que se entere todo el mundo!

GAZAPO ¡Ni que hubiera sido por radiotelefonía!

HARLESON Pero esto no quedará así, ¡no, señor!

GAZAPO *(Aparte.)* Por fuerza está loco este hombre... o... puede que sea el pollero...

D. GASPAR *(Entrando apresuradamente por el jardín.)* ¡El señor Harleson!

HARLESON Yo soy... ¿Quién es usted?

D. GASPAR Gaspar Laportilla.

HARLESON Entonces... ¿Este majadero?... *(Por Gazapo.)*

GAZAPO ¡Señor mío!...

HARLESON No le he dicho nada.

GAZAPO ¡Ah, vamos! ¡Era una confusión!

D. GASPAR Me han avisado su llegada y estoy pronto a escucharle

HARLESON Lo primero, rectifique usted la grosería de su telegrama.

D. GASPAR ¿Mi telegama? ¡Ah, sí! Encargué esa misión al criado de su hijo... ¿Le ha dicho usted que no podemos hacer nada?

HARLESON Sí, pero ¡cómo me lo ha dicho!..

D. GASPAR No conozco los detalles.

HARLESON Vea usted... *(Enseñándoselo.)*

D. GASPAR *(Leyéndolo.)* ¡Esto es una grosería!... Cosa de su criado Tom.

HARLESON ¡Ah, vamos! Ya decía yo que no era posible que... ¡Llamar ordinario a mi hijo!... ¡Si él lo supiera!

D. GASPAR Aquí viene *(Por el foro entra Charles se-*

guido de Tom, y al ver a su padre se queda de una pieza; adopta una actitud cómica y se agarra al brazo de Tom fuertemente, del que no se separa ya en toda la escena.)

CHARLES — *(Entrando.)* La señora dice que... (Mi padre! ¡La hecatombe! *(A Tom.)* Dame el brazo y no te sueltes, o estamos perdidos...

HARLESON — Me alegro que vengas.... ¿Conoces tú el telegrama que se me ha puesto?

CHARLES — *(A Tom.)* Dí que no. *(Lo dicen los dos con la cabeza.)*

HARLESON — Me asegura el señor Laportilla que ha sido Tom. ¿Es eso verdad?

CHARLES — *(A Tom.)* Dí que sí... *(Lo dicen los dos con la cabeza.)*

TOM — *(Aparte.)* ¿Pero por qué ese empeño de que vayamos a tronco? ¿Es que quiere usted que recibamos los puntapiés mancomunadamente?

HARLESON — Tom, acércate y explica por qué pusiste el telegrama...

TOM — Yo... le puse...

D. GASPAR — No se trata de usted ahora.

CHARLES — (¡Calla o me pierdes!)

HARLESON — Pero ¡defiéndete tú, Charles!... Diles que no estás dispuesto a consentir esos insultos...

D. GASPAR — Y sepárese de su criado, que es un majadero... No sé a qué viene ir del brazo del ayuda de cámara, que ha sido el causante de todo... ¡suéltele!

CHARLES — *(Aparte.)* ¡Estás fresco!... ¡A cualquier hora suelto yo este pararrayos!

HARLESON — Yo lo comprendo, no le quiere dejar escapar para castigarlo como merece. ¿No es así, Charles?

CHARLES — *(Aparte a Tom.)* Dí que sí... *(Lo dicen los dos con la cabeza.)*

HARLESON — Pero no te preocupes, hijo mío. Tom co-

rre de mi cuenta. Tráele aquí y yo te respondo de que no se me escapa.

CHARLES — *(Aparte.)* No te acerques, que cobramos. ¡Vámonos! *(Inician el mutis, siempre unidos.)*

HARLESON — ¿Pero no me oyes? *(Al ver que se van.)* Charles! ¡Ven, vamos!

CHARLES — *(Aparte.)* ¡A cualquier hora deshago yo este lío!... *(Hacen mutis por el jardín.)*

HARLESON — Charles... ¿Pero no me oyes?... *(A Gaspar.* Sin duda, ha querido evitar que sea duro en el castigo de ese insolente... Mi hijo me conoce. Mi hijo sabe lo que yo soy...

D. GASPAR — Sí, pero es muy extraño.

HARLESON — Perdón, señor mío. Lo extraño es que usted confíe estos asuntos a un criado. Sin esa ligereza, nada hubiese ocurrido.

D. GASPAR — No fué culpa mía... Se me brindó... Y yo deseaba aclarar...

HARLESON — Vaya usted tras éllos... Deles alcance... Hay que poner en claro todo...

D. GASPAR — Sí, señor; muy en claro. ¡No faltaba más! Vamos ahora mismo. Amigo Gazapo, acompáñeme... Con su permiso. En seguida le traigo aquí... *(Mutis por el jardín.)*

GAZAPO — *(Aparte.)* ¡Nada, que no hay manera de que yo acabe de comerme el muslo! ¡Está visto! *(Mutis tras de Gaspar.)*

HARLESON — A ver si se pone esto en claro, porque la conducta del señor Laportilla me pareco muy obscura, y obscura o no, yo necesito que sea mía la finca. Esto es lo indudable.

ROSA — *(Saliendo.)* ¿Han dejado solo al señor?
Sí... Van en busca de Tom...

HARLESON — En cuanto le traigan va a saber cómo las gasto. Yo lo aseguro... Le voy a dar un «crochet» que va a tener para un mes de cama.

ROSA — ¡Pobre Tom! No le trate el señor con demasiada dureza.

HARLESON ¡Claro! Tú le defiendes... Es natural.

ROSA Con todo respeto le ruego que no le haga daño. Es algo irreflexivo, precipitado, pero tiene muy buen corazón...

HARLESON No te fíes de él... Veo que también a tí te ha engañado.

ROSA No, señor; pero... ¡Es tan simpático, tan inteligente!...

HARLESON ¿Inteligente ese alcornoque? Tú estás trascordada...

ROSA Si el señor hubiese presenciado la escena que hace poco tuvimos aquí los dos...

HARLESON Ah, vamos, ¿ha habido escenita?

ROSA En ella me demostró una gran delicadeza y una gran caballerosidad...

HARLESON Las tendrá ocultas sólo para las muchachas bonitas, porque conmigo jamás lució esas bellas cualidades.

ROSA Bueno... (*Insinuante.*) ¿Me promete el señor no ser severo? ¿Me da palabra de mostrarse bondadoso?

HARLESON (*Sonriendo.*) ¿Es tu novio, verdad? No te doy la enhorabuena. Y te aseguro que no te mereces ese mostrenco.

ROSA El señor se equivoca... No somos novios Tom y yo, no lo seremos nunca... Por eso me atrevo a pedirle al señor su benevolencia.

HARLESON Entonces... es que le quieres y él no lo ha notado aún... ¡Cuando digo que es tonto!

ROSA No tanto como el señor se figura. Hace poco me brindó casarse conmigo con una delicadeza que jamás olvidaré.

HARLESON Entonces es que tenemos pronto boda. Bueno, le perdonaré. Me has sido simpática, y veo que te interesas por ese mamarracho. Hasta, si lo deseas, seré padrino.

ROSA Agradezco a usted su atención, pero... No hay de qué... Ya le he dicho que jamás he de casarme con Tom. Le quiero, sí.

Confieso que, contra toda lógica, le quiero.

HARLESON ¡Vamos! Ya reconoces que no te merece!

ROSA Mire usted, caballero. Prefiero ser franca con usted y fiarme a su discreción. *(Bajando la voz.)* Yo hago aquí el papel de sirviente, pero no lo soy. Circunstancias especialísimas que le explicaré me obligaron a fingir.

HARLESON ¿Cómo? Eso es una novela.

ROSA Nada de novela... Es la cosa más sencilla del mundo. Yo no soy la doncella, porque soy la hija menor de los señores de Laportilla, dueños de esta finca.

HARLESON ¿Usted?... ¡Ya me extrañaba a mí que una criada hablase de ese modo! Pero lo que aún me extraña más es que una señorita, educada, de sentimientos elevados, se haya enamorado de un bruto, áspero, torpe y grosero...

ROSA Le calumnia usted, Míster Harleson.

HARLESON A menos que no sea con las mujeres otro hombre distinto del que yo conozco; pero lo dudo. Un borrachín como él, es incapaz...

ROSA ¿Borracho Tom?

HARLESON Como un mosquito. En fin, cada día me convenzo más de que las mujeres son la cosa más extraña de la creación. Tienen salidas que me dejan desconcertado, atónito...

ROSA A pesar de todo, espero que tendrá usted la discreción de callar cuanto le dije. Es la confesión de una muchacha a un caballero. Lo hice por corresponder a una delicadeza que Tom tuvo conmigo. Pero hecho el sacrificio de mi confesión, ni puedo ni debo pensar más en él...

HARLESON Descuide usted, señorita. Sabré callarlo todo. He vivido mucho, y nada me sorprende. Confieso, eso sí, que al principio me asombró; pero no soy hombre que conti-

núe mucho tiempo asombrado. Prefiero la acción. Sea como sea, tomo un partido y le sigo hasta el fin, en línea recta. Cuente con mi simpatía y cuente con que gracias a su intervención no haré pagar caro a ese bergante su atrevimiento.

ROSA — Gracias, caballero... Gracias de corazón. *(Le da la mano con afecto.)*

TOM — *(Entra por el foro como huído. Al verles se queda de una pieza.)* Les he despistado. ¡Ah!... El señor Harleson... ¡Me caí!...

HARLESON — No, no te asustes... No voy a hacerte nada... Da las gracias a una mujer que no conoces, Tom.

ROSA — *(Aparte.)* ¿Tom?... ¿Qué dice?

HARLESON — Te felicito. Una mujer deliciosa, una mujercita adorable, ha intercedido por tí... Y gracias a ella te perdono. Ahora busca a mi hijo y dile que venga.

ROSA — *(Aparte.)* ¿Su hijo?... Luego éste es... ¡Dios mío!... ¿Estaré yo soñando o es que ahora podré empezar a soñar?

TOM — El señor me dirá quién es esa mujer para agradecerle... No, no me extraña: uno tiene partido... Y ya me hago cargo, ya... ¡las pobres!... ¡Uno las martiriza sin querer!...

HARLESON — No la conoces, y puedo asegurarte que tampoco la mereces... Pero el caso es que te ha librado de unos cuantos puntapiés...

TOM — Todo yo, y especialmente la parte interesada, le quedamos agradecidísimos... Pero ya supongo quién pudo ser...

ROSA — No, no suponga usted nada... Es muy fácil equivocarse... Con permiso, señor Harleson. *(Mutis por la escalera.)*

TOM — *(Al verla partir, jactancioso.)* ¿Ha sido verdad?... Ya me había parecido a mí que...

HARLESON — ¿Quién?

TOM — La doncella.

HARLESON — ¡Qué locura!... ¡No sueñes!

TOM — Le digo al señor que..

HARLESON — ¡Calla, o retiro el perdón!

TOM — ¡Basta!... El señor manda... *(Se oyen voces y rumores que llegan confusamente a escena. Harleson y Tom escuchan sorprendidos.)*

HARLESON — ¿Eh? Parece que se oyen gritos en el jardín. A ver si es el señorito... ¿Cuándo se separó de tí?

TOM — Cuando corríamos a escondernos para que no nos descubriese dón Gaspar.

HARLESON — Ahora sabremos... *(A Gaspar, que entra con Gazapo, Martina y María Luisa.)* ¿Qué ha ocurrido?

D. GASPAR — Algo extraño... su criado de usted...

HARLESON — ¿Qué ha hecho

D. GASPAR — Pues... ¡que ha huído con el automóvil de su hijo!

HARLESON — *(Extrañado.)* ¿Cómo?

D. GASPAR — Le llamamos a gritos, pero no ha hecho caso.

MARTINA — Ese hombre es un ladrón.

HARLESON — ¿Quién? ¿Ladrón mi hijo?... ¡Señora!...

MARTINA — ¿Pero quién habla ahora de su hijo?... Hablamos del criado que se ha escapado... Del ayuda de cámara...

HARLESON — *(Señalando a Tom.)* Pero ¿no le ven ustedes aquí?

MARTINA — No, señor. Al que vemos es a su hijo Charles.

HARLESON — ¿Mi hijo este bruto?

D. GASPAR — ¿Confiesa usted que es bruto?

HARLESON — Pero este no es mi hijo... Mi hijo es el otro... Este es el criado...

TODOS — ¿Eh?

HARLESON — ¿Qué quiere decir esto?

TOM — Yo le explcaré... Cambiamos los papeles el señorito y yo...

HARLESON — ¡Ahora caigo!... Ahora comprendo...

MARTINA — *(Indignada.)* ¿Y hemos tratado todos de igual a igual con un doméstico?

M.ª LUISA. — *(Idem.)* ¡Él, un criado!... ¡Y yo que escuché sus declaraciones!

TOM. — ¡Anda! ¡Y qué bien me hacía hablar! ¡Bien!

M.ª LUISA. — ¡Ah! ¡Qué vergüenza!... ¡Mamá... ¡Ah! ¡Ah!... *(Se desmaya.)*

MARTINA. — ¡Es una infamia!... ¡Han matado a mi hija!... ¡Hija! ¡Hija de mi vida!... Si tu padre fuese como debe ser, habría aquí un Mediterráneo de sangre.

D. GASPAR. — Caballero... me explicará usted...

HARLESON. — A mí no me cuenten nada...

D. GASPAR. — Sin embargo...

GAZAPO. — Este caballero debía ignorar...

D. GASPAR. — Señor mío... ¡Yo necesito una explicación!

GAZAPO. — Y yo otra...

ROSA. — *(Bajando por la escalera con sombrero y abrigo dispuesta para marchar.)* Calma, papá... El señor Harleson es inocente. Todo fué una broma y se aclarará. Por de pronto, este caballero buscará a su hijo y le hará comprender que con su broma fué un poco lejos...

HARLESON. — ¡Ah, sí!... Y después le haré comprender otras muchas cosas que ahora ya me explico.

ROSA. — *(Seria.)* Míster Harleson, tengo su palabra de ser discreto.

D. GASPAR. — ¿Y tú adónde vas?

ROSA. — A un asunto... *(Gaspar quiere interrumpirla. Ella prosigue entonces.)* de mamá... *(Gaspar enmudece.)* Voy a la ciudad a hacer unos encargos. Y como el tren no espera... *(Despidiéndose.)* Señor Harleson...

HARLESON. — ¿Va usted a New York?

ROSA. — Sí.

HARLESON. — Si me honrase usted viniendo en mi auto... *(Bajando la voz.)* Tenemos tantas, tantas cosas que hablar...

MARTINA. — *(Adelantándose.)* Muy gustosa...

ROSA — Sea. (*Bajo a Harleson.*) Pero en cuanto a hablar, prefiero que callemos. Es malo abrir la boca yendo en auto... (*Tom hace mutis por escalera.*)

D. GASPAR — Bien. Puesto que tu madre accede...

ROSA — (*Despidiéndose.*) ¡Adiós!... Un beso... ¿Estás ya bien, María Luisa?

M.ª LUISA — ¡Estoy avergonzada!... ¡Qué ridículo tan grande!

ROSA — En ridículo estamos todos, no te apures. Adiós, adiós... Señor Harleson, cuando usted guste.

HARLESON — Señores, lamento lo ocurrido... Y ténganme siempre, a pesar de todo, por un amigo sincero... (*Todos callan en diversas actitudes. A Rosa.*) Señorita... Por el camino le contaré una historia...

ROSA — (*Riendo.*) ¡Déjeme de historias, que me dan sueño! (*Inician el mutis por el jardín.*)

HARLESON — (*Sonriendo.*) Es una historia para soñar, precisamente... Erase una mujercita, toda sentimiento, toda corazón, y un buen día, acertó a mirar...

ROSA — (*Al momento de salir, interrumpiéndole.*) ¡Fíjese bien! Cuidado, no tropiece usted.

HARLESON — ¿Qué?...

ROSA — (*Encantadora.*) Que hay dos escalones. (*Salen por el jardín. Tom baja por la escalera apresuradamente con las maletas.*)

TOM — (*Alargando la mano a Martina.*) ¡Señora!

MARTINA — (*Indignada.*) ¡Vaya usted y que lo zurzan, mamarracho!... (*Mutis escalera.*)

TOM — (*Alargando la mano a María Luisa.*) ¡Señorita!... (*Esta hace mutis tras de su madre sin contestarle.*) ¡Señor!... (*A don Gaspar.*)

D. GASPAR — (*Despectivo y siguiendo a su hija.*) ¡Majadero!...

TOM — (*A Gazapo, que es el único que queda.*) ¡Señor!...

GAZAPO ¡So atrevido!... *(Mutis por el comedor.)*

TOM *(Cogiendo de nuevo las maletas.)* ¡Denuestos, improperios!... Yo contaba con golpes... No salgo mal del todo... *(Iniciando el mutis por el jardín.)* ¡La vida es un diorama!...

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Fumoir en casa de Harleson, en New York. Mucho gusto y elegancia. Hay tres puertas y una ventana. Las puertas corresponden: la del lado derecho del acto, a las habitaciones de Charles; la del foro, al pasillo de acceso; la de la izquierda, al despacho del padre.

(Al levantarse el telón, Charles se está poniendo el chaleco y la americana, que le tiende KETTY, vieja ama de llaves.)

CHARLES — Bueno, Ketty. Y ahora dame fondos para ocho días.

KETTY — ¿Pero se va el señorito por tanto tiempo?

CHARLES — Calculo que es lo que tardará mi padre en volver a la normalidad después de su enfado conmigo.

KETTY — Es que... de la cantidad que tengo para gastos de casa, apenas me quedan cien dollars.

CHARLES — Es poco.

KETTY — Tengo también mil dollars para gastos imprevistos, pero no me atrevo...

CHARLES — Pues si ese dinero te lo dió mi padre para imprevistos, ¿qué más imprevisto que pedírtelo yo?

KETTY — Es que me reñirá, de seguro...

CHARLES — ¡Ketty! ¡Parece mentira que me hayas criado y no me tengas afecto!

KETTY — Póngase el señorito en mi caso. Como yo le pidiese al señorito los mil dollars...

CHARLES — Si yo te hubiese criado, te los daría, no te quepa duda...

KETTY — Bien. Sé que va a costarme un disgusto, pero...

CHARLES — ¡Bravo, Ketty!... *(Le da palmaditas. Mutis de Ketty.)* La verdad es que si llegan a criarme con biberón, hubiera sido una contrariedad.

TOM — *(Entrando jadeante.)* Señorito, señorito...

CHARLES — ¿Qué pasa?

TOM — Subo de cuatro en cuatro la escalera para prevenirle. ¡Ahí llega el señor!

CHARLES — *(Desesperado.)* ¡Me cogió en la ratonera! Pero ¿cómo tan pronto?

TOM — Hemos venido en el coche echando venablos. Está furioso. Se ha enterado de todo.

CHARLES — ¿Me haré daño si salto por la ventana?

TOM — Cabe en lo posible, porque este piso es el octavo... *(Mirando por el pasillo.)* Además ya no hay tiempo... Aquí está.

HARLESON — *(Entra, y dirigiéndose a Tom.)* Ya has venido tú a avisar, ¿eh? ¡Pues me da lo mismo! *(A la puerta.)* Pase usted, Rosa.

CHARLES — *(Aparte y extrañado.)* ¿Se trae a la doncella?

ROSA — *(Entrando.)* Muy buenas tardes, «señorito». ¿Qué tal el viaje? ¿Ha descansado ya el «señorito»?

KETTY — *(Saliendo con unos billetes en la mano y sin advertir la presencia del señor.)* Tenga el señorito... *(Le da los billetes. Reparando en Harleson.)* ¡Uy, el señor!...

HARLESON — ¿Qué es eso, Ketty?

KETTY — Que... que me ha...

CHARLES — *(Enseñando los billetes.)* Que la he dado

a cambiar un billete de mil dollars. Dame el cambio...

KETTY Sí... sí, señor... *(Le da los billetes azorada. Charles se los guarda.)*

HARLESON *(Por Rosa.)* Aquí tienen a la nueva doncella... (Ponla al corriente de sus obligaciones... *(A Rosa.)* Tenga usted la bondad de seguirla.

ROSA Perfectamente.

KETTY Venga, por aquí... *(Aparte a Rosa.)* (Ya verá, ya verá)...

ROSA Sí, sí... Ya veremos. Señor, señorito... *(Reverencias y mutis con Ketty.)*

CHARLES *(Aparte, contemplando a Harleson de reojo.)* Bueno... Ahora comienza la gran escena. ¡Y que ya me la sé! ¡La hemos ensayado tantas veces! Saca la pipa... la enciende... pasea... y me habla de la vida ejemplar del inventor Tomas Alva-Edison.

HARLESON ¡Muy bien! *(Saca la pipa, la enciende, pasea y dice.)* Tu ligero modo de proceder en el asunto de la hija de los señores de La-portilla me demuestra que lo has interpretado como un capricho mío...

CHARLES No, pero comprenderás que eso de sacrificarme yo por una finca, aunque se trate de La Rosaleda... es un poco fuerte, papá...

HARLESON ¿Un capricho mío? ¡Torpe! ¿No comprendiste que un negociante yanqui no tiene nunca caprichos? ¿No has adivinado que la adquisición de esa finca era una jugada a vida o muerte?

CHARLES ¿Me vas a convencer de que tú, el hombre de negocios, millonario, el rey de los trust, necesitas de esa finca?

HARLESON Mira, Charles. Prefería callar para evitarte preocupaciones; las guardaba sólo para mí, pero ya que te obstinas, hablaré. He aquí la situación en dos palabras. Una jugada de gran riesgo que pudo hacerme dueño del mercado de petróleos en Norteamé-

rica, me ha sido adversa. Para defender mi crédito he tenido que comprometer mi fortuna. Estamos, pues, arruinados.

CHARLES ¿Arruinados?

HARLESON No te alarmes. Diariamente se arruinan en Nueva York diez millonarios y se hacen millonarios diez infelices. Yo sabré levantarme otra vez. Empecé con diez dollars. Y no soy el único caso... Tomás Alva Edisson era un aprendiz...

CHARLES *(Aparte.)* Ya salió Edisson. *(Alto.)* Bueno, papá, pero lo que yo no acierto a explicarme es que una finca de campo como La Rosaleda tenga poder para salvarte de esa hecatombe financiera.

HARLESON Una circunstancia que descubrí en los últimos días, ha convertido «La Rosaleda» en algo fabuloso, Charles. Esa finca vale hoy una inmensa fortuna.

CHARLES ¡Pero si a duras penas se pueden cosechar productos de mala clase, por sus tierras refractarias al cultivo!

HARLESON Esas tierras no sirven para el cultivo porque bajo ellas existe una fortuna en petróleo...

CHARLES ¿Una mina?

HARLESON Unos depósitos petrolíferos de incalculable riqueza. ¿Comprendes ahora? A dos pasos de Nueva York, con una facilidad maravillosa para el embarque, yo podría derrotar a las grandes casas de petróleo que trataron de arruinarme, haciéndoles una competencia insostenible. Se rendirían sin condiciones, y al hacerlo mi fortuna sería cien veces mayor que la perdida. ¡Eso es la finca, Charles!

CHARLES Perfectamente. Pues sin necesidad de boda, tú serás dueño de la finca en cuanto ofrezcas una asociación para ese inmenso negocio.

HARLESON ¡Insigne torpeza! Si descubro la verdad,

no será mía la finca. Si tú hubieses enamorado a la hija, como yo esperaba... He podido advertir que es hermosa, inteligente...

CHARLES (*Irónico.*) Sí... Tan avispada, que estuvo a punto de aceptar como pretendiente a Tom, nuestro criado.

HARLESON En esa comedia que tú inventaste, estuvieron tan invertidos los papeles, que han dado lugar a cosas muy extrañas. ¿Estás tú muy seguro de no haberte enamorado de persona de muy diferente condición de la tuya?

CHARLES ¿Me aconsejas que enamore a... esa muchacha ¡Me asombra lo que dices!

HARLESON La muchacha es preciosa, es inteligente y nada vulgar, pero no olvidemos su origen ¡No será para tí, Charles! ¡No lo será mientas yo viva!

CHARLES No, papá... Si no pienso... Huelga tu prohibición.

HARLESON Además, creo que la muchacha está ya enamorada de otro...

CHARLES (*Sin poderse contener.*) ¡Eso no puede ser!

HARLESON (*Aparte.*) ¡Ya pica, ya pica!... Algo me dijo en el viaje...

CHARLES ¿Qué te dijo? ¡Dilo, papá!... ¿Cómo es posible que?...

HARLESON Bueno, Charles; comprende que no es ésta conversación apropiada para nosotros... Tener asuntos graves y pasar el tiempo hablando de si tiene o no tiene novio la doncella...

CHARLES Sí... Claro... A mí me es indiferente, como comprenderás, pero... la verdad... me ha molestado un poco la suposición... Y si, como dices, tiene su novio próximo a «La Rosaleda», no sé para qué la traes aquí... No es cosa de que se haga ilusiones conmigo...

HARLESON ¡Eso faltaría!

CHARLES Que se vuelva con su novio... Ni me importa quién es ni qué oficio tiene, ni... ¿Será un aldeano ordinario de seguro?... ¿Un obrero tosco, verdad?

HARLESON No sé... Según me dijo, es un muchacho alto, rubio, de muy buena figura, instruído... Que la quiere mucho...

CHARLES ¡Pero a mí qué me cuentas! Si yo no quiero, no necesito saber nada. Comprenderás que no es cosa de que hablemos de los novios de la doncella...

TOM *(Entrando por el foro con un aparato telefónico portátil. Hablando.)* Sí, señor Laportilla... Soy yo: Tom... Ahora mismo... En seguida viene el señor al aparato... Mejor dicho, el aparato va en seguida al señor Harleson... *(Avanza hacia Harleson.)*

HARLESON *(A Tom.)* ¿Quién es?

TOM El señor Laportilla.

CHARLES *(Iniciando el mutis por la derecha.)* No me dejes en ridículo con exageradas excusas...

HARLESON He vivido más que tú, Charles. Sé más de la vida, y si tienes dignidad, yo fuí quien la formé al educarte.

CHARLES Conformes. Hasta ahora. *(Mutis.)*

HARLESON *(Cogiendo el aparato que Tom le entrega.)* ¿Laportilla? Sí... ¡Ah! ¿La Rosaleda? Cierto, sí... Hice a ustedes proposiciones de compra en ochenta mil dollars, que mantengo por seriedad pero sin entusiasmo... ¡Oh! ¿Cien mil? Es demasiado... En fin: sea... ¡Ah! Claro, claro, es su mujer la que ha de firmar, puesto que de ella es la finca... Queda cerrado el trato... Sí, con su palabra... Como si estuviera escrito... Está bien... Adiós, señor Laportilla... *(Deja, satisfecho, el aparato. Al volverse encuentra a Rosa, que ha aparecido momen-*

tos antes por el foro. Al verla hace un gesto de contrariedad.)

ROSA — Le oí hablar por teléfono con mi padre... ¿Le pedía cuentas de mi *rapto?*

HARLESON — No sabe nada de él. Fué para negocios que ya han quedado hechos.

ROSA — ¿La Rosaleda?

HARLESON — Sí. Ya hemos convenido su compra.

ROSA — Pero cuando se entere de que estoy aquí..

HARLESON — Eso es lo que debemos evitar. La situación es un poco equívoca.

ROSA — Sí. En efecto, pero debe recordar que fué usted quien me lo propuso. Mi ingenua confesión le llevó a intentar algo que.. ya siento haberle dicho.

HARLESON — Sí... Creí favorecer sus planes, pero he tanteado el terreno con mi hijo... Y no me parece fácil lo que esperaba.

ROSA — *(Anhelante.)* ¿Charles le ha dicho a usted?...

HARLESON — *(Descentendiéndose de la pregunta.)* Creo preferible que a toda prisa deshagamos el equívoco. No le será difícil justificar su pequeño retraso en llegar a casa de su tía... Su padre va a venir, y así evitamos un posible escándalo. Debe usted irse cuanto antes.

ROSA — Comprendo, Míster Harleson. He sido en sus manos un juguete.

HARLESON — Es en interés de usted..

ROSA — Sí... Ya lo veo. He tenido la debilidad de ser con usted sincera... ¡Inocente de mí, que confié una intimidad a un hombre de negocios! Hasta del corazón de una muchacha sabe usted hacer instrumento de compra y venta...

HARLESON — Silencio... Mi hijo... *(Finge. Transición.)* Por lo tanto, no siéndome ya necesarios sus servicios, puede usted marcharse cuando guste, señorita... *(Hace mutis.)*

ROSA — *(Aparte.)* (¡Oh, qué indignidad! ¡Qué

vergüenza!) *(Se echa a llorar sentada en una silla.)*

CHARLES *(Que apareció en el umbral de la puerta de su cuarto.)* ¿Qué es esto?... ¿Mi padre licenciando a la doncella?... *(Reparando en Rosa.)* ¿Cómo? ¿Pero llora usted? Supongo que no se la habrá ofendido en esta casa...

ROSA *(Entre lágrmas.)* No sé...

CHARLES No me explico ese llanto. Sea franca conmigo. Me prometió usted su amistad. No soy lo que entonces le parecía, pero, a pesar de ello, reclamo lo prometido.

ROSA No... No puedo, no quiero hablar... Mi único deseo es marcharme, marcharme de esta casa, donde todo es mentira...

CHARLES Y yo le suplico a usted que no tenga la crueldad de partir sin explicarme el verdadero motivo de esas lágrimas.

ROSA ¿Qué le importa a usted y qué les importa a todos el llanto de una muchacha?

CHARLES A todos, no sé; a mí, mucho.

ROSA Tengo motivos para dudarlo.

CHARLES ¡No! Usted me ha oído pronunciar palabras de sinceridad y de cariño.

ROSA ¿Puedo creerle, cuando hasta mentía en su verdadera personalidad? Se fingió usted criado y habló como criado...

CHARLES Perdóneme. Mentí en lo que era, en mi oficio; pero no mentí en lo que le ofrecía mi corazón, de amistad y de apoyo. Ahora lo siento... Siento con toda mi alma que usted crea que aquello fué burla.

ROSA Pues... No se apure demasiado. También mentía yo entonces.

CHARLES *(Intrigado y con interés.)* ¿Qué?...

ROSA Soy la hija menor de los señores de Laportilla. Ya lo sabe usted. Eso le explicará muchas cosas, como el saber antes quién era usted, me explicó a mi otras.

CHARLES En ese caso, pienso que ya nada puede opo-

nerse a una alegría que yo imagino... Porque... Sea usted sincera ahora... Sin mentir, ¿eh?... Lo del muchacho alto, rubio, instruído, que la quiere mucho...

ROSA
No sé de lo que habla...

CHARLES
De eso que usted le contó a mi padre por el camino.

ROSA
¿Al venir?... Pero si hablamos todo el tiempo de autos, de playas de moda y de España, mi país.

CHARLES
El me ha dicho no sé qué de un pretendiente...

ROSA
Le tomó el pelo, como decimos en Madrid. En mí no se han fijado desde que llegué a Norteamérica más que los de la Aduana para ver si traía contrabando. *Todavía* hasta hoy no se me ha declarado ninguno, y me temo que sigan así las cosas mucho tiempo.

CHARLES
Eso se explica sólo por el idioma, porque es usted...

ROSA
Del montoncillo, nada más que del montoncillo...

CHARLES
Es usted una muchacha bonita, muy bonita... Y tiene usted en el mirar un no sé qué... algo que no acierto a definir.

ROSA
Me está usted poniendo en cuidado. Me voy a ir a consultar a un oftalmólogo.

CHARLES
Y diga usted... ¿Sería indiscreto hacerle unas preguntas?

ROSA
Según. Si son como las del catecismo... Empiece.

CHARLES
(Sorprendido.) ¿Sabía mi padre que era usted hija de don Gaspar?

ROSA
Sí.

CHARLES
Entonces... ¿Por qué simula ahora despedir a usted?

ROSA
Lo ignoro.

CHARLES
Sea usted sincera.

ROSA
Pues bien. Ahora es que ya tiene concertado la compra de «La Rosaleda», y por

eso se ríe de todos sus ofrecimientos y desiste de un apoyo que yo no le pedí, y me aconseja que me vaya cuanto antes de esta casa para no comprometerme.

CHARLES ¡Hemos sido los dos juguetes suyos!

ROSA Sí. Y usted dirá ahora lo que piensa. Puesto que su padre va a comprar la finca, quedamos en libertad. Ya nadie desea que seamos instrumento de negocio... ¿Qué dice usted?

CHARLES *(Después de una lucha en su interior.)* Digo que ha llegado la ocasión de que yo hable y explique a usted lo que pienso y...

ROSA *(Coqueta.)* ¿Me debo ir inmediatamente?

CHARLES *(Después de un esfuerzo.)* ¡Sí! Tiene razón mi padre. Debe usted marcharse en seguida. Es usted la hija de los dueños de La Rosaleda...

ROSA *(Con dolor y asombro.)* ¡Ah! ¿Es eso lo que piensa usted?

CHARLES ¡Sí! Pienso que, malditos sean los negocios y el dinero y las fincas que valen fortunas y que parecen hechas para mi desesperación.

ROSA ¿Otra burla más? ¡Todo ha sido burla!

CHARLES ¡Rosa! Una circunstancia que no puedo explicar me obliga, por delicadeza, a no decir a usted.

ROSA ¡Basta! Aunque tarde, he comprendido la realidad. Vendida la finca, ya está todo hecho.

CHARLES ¡No! Yo aseguro a usted, Rosa...

ROSA Es inútil que se esfuerce en dar excusas... Voy a ponerme mi sombrero. *(Va a salir.)*

CHARLES *(En un arranque de amor.)* ¡Rosa!

ROSA *(Con esperanza.)* ¿Qué?

CHARLES *(Un esfuerzo. Se domina y dice.)* Haga usted lo que guste... *(Se inclina. Ella hace mutis. El la ve partir, y luego, dirigiéndose a la puerta, la va a detener, pero se contiene y exclama.)* ¡No! Ya no puedo

hablar... Ahora ella es rica, inmensamente rica, y yo estoy arruinado. Podría creer... *(Transición.)* ¡Ha sido encantadora mi bromita! ¡Tengo «broma» para rato! *(Y con gran tristeza va a entrar en sus habitaciones cuando aparece Tom y se detiene.)* ¿Qué hay, Tom?

TOM Señorito, ¡la catástrofe!

CHARLES ¿Qué pasa? ¿Quién es?

TOM La señora de Laportilla, que viene que bufa.

CHARLES ¡A mí qué me cuentas!

TOM Lo raro del caso es que cuando abría la puerta iba a salir la doncella, pero vió a la señora y a la señorita María Luisa y diô un grito, diciendo... *(Imitándola.)* «¡Ah mi madre y mi hermana!» Y echó a correr por el pasillo.

CHARLES ¿Y qué? ¿La vieron ellas?

TOM No. Pero es muy extraño todo esto. Porque si es doncella, ¿cómo es hija de su madre y hermana de su hermana, que son las señoras .. Aquí hay un misterio sherlockolmesco, señorito.

CHARLES Bueno, déjame en paz... Recíbelas tú. Diles que no hay nadie.

TOM Es que la cosa me resulta muy chocante... Esto de haberlas tratado de igual a igual, y ahora tener que tratarlas como servidor, es muy duro...

CHARLES Pues arréglate como puedas.

TOM Y es que además le he dicho a la señorita unas cosas que ahora me da vergüenza hablar con ella respetuosamente.

CHARLES Tú verás... A mí no me cuentes nada.

TOM Pero...

CHARLES Adiós... *(Hace mutis a su cuarto.)*

TOM ¡Qué cosas pasan en el mundo! Ahora yo tengo que presentarme ante ellas como lo que soy y olvidar lo que fuí. Y puede que ellas ¡ni se acuerden!... ¡La vida es un

diorama! ¡Lo dicho!... *(Mutis por el foro, volviendo a poco con doña Martina y María Luisa, que entran en actitud un tanto descompuesta. Tom toma un cómico aire de disimulo, que las exaspera más.)*

MARTINA Dígale usted a su señorito que deseo verle en seguida para un grave asunto...

TOM ¿Puedo saber de qué se trata?

MARTINA De un asunto de honor. Avise a su señorito y no quiera saber.

TOM Sabe uno ya tanto, sea por lo que sea... Pero uno es discreto y caballero y... No digo más.

MARTINA Nadie le ha preguntado. No aumente con sus palabras el bochorno de una situación ridícula creada por su señorito.

TOM El señorito Charles no está. Y me permito hacer notar a la señora que de un ausente no se debe hablar. Si la señora me explicase... yo podría...

M.ª LUISA *(Aparte a Martina.)* Explícaselo. ¿Qué se pierde con ello? Después de la plancha que nos hemos tirado...

MARTINA *(Interrumpiéndola convencida.)* (Sí, tienes razón. Acaso nos de alguna luz...) Voy a dar a usted unas explicaciones de lo ocurrido.

TOM ¡Ah, vamos! Veo que vuelve usted al tono confidencial y amistoso... ¡Si es lo que yo digo! Una vez que hemos sido amigos y ha habido el tonteo natural con aquí... *(Por María Luisa.)* la jovencita, más vale seguir igual... Soy todo oídos... *(Se sienta con ellas como un amigo. Inmediatamente se levantan ellas, como movidas por resortes.)* Por mí no estén de pie... *(Al ver que no se sientan.)* Tomen asiento... ¿No? ¡Ah, vamos! ¿Es que para la etiqueta tenemos que estar de pie los unos o los otros? Bueno, hombre, bueno. Me pondré de pie

yo... Es por galantería... *(Se levanta.)* Siga usted.

MARTINA Se trata del honor de mi hija...

TOM *(Creyendo es por María Luisa y a él.)* ¡Alto ahí!... Aparte del tonteo natural, yo puedo jurarle a usted que no ha habido concomitancia con esta señorita.

M.ª LUISA ¡Eso faltaba!

MARTINA No hablo de ella. Hablo de Rosa..

TOM ¿La doncella? Ese ya es otro cantar. En lo que es de *mi ramo,* tengo yo mi caminito, y no pasarán ocho días sin que venga el compincheo amoroso que es de rigor...

MARTINA ¿Está usted loco? ¡Un criado flirtear con mi hija?

TOM ¡Y vuelta a lo mismo! En eso ya sabe aquí... *(Por María Luisa.)* lo que hubo...

MARTINA Pero si no hablo de ésta. Hablo de la otra.

TOM ¿La doncella?

MARTINA Mi otra hija. Rosa.

TOM Me estaba usted sumiendo en un atlántico de confusiones.

M.ª LUISA Es que Rosa, la que usted cree doncella, es mi hermana.

TOM ¡Toma! Y yo hermano del señorito. Todos somos hermanos, hijos de Dios.

MARTINA Oígame, Tom. Usted, a pesar de ser lo que es, me parece un hombre honrado.

TOM Sí, señora. Eso ya es ponerse en razón. Me toca la señora ese registro, y ya me tiene atado de pies y manos.

MARTINA Fíjese en lo que voy a decirle. Mi hija Rosa, hacía de doncella.

TOM Comprendido. Otro quid-proz-coz como el nuestro. ¡Tiene gracia! De modo que todos hemos hecho el piel roja engañándonos motu propio.

MARTINA Mi hija salió de casa con ustedes para ir a la de su tía Antonia. Ahora hemos ido a recogerla y no está allí. ¿Dónde está?

TOM — ¿Que dónde está?

MARTINA — Sí. ¿Dónde está? Usted puede decírmelo, puesto que vino con usted y con el señor Harleson.

TOM — Ah, pues... Yo, la verdad... Antes de contestar a eso... si me permite aquí, la señora... vuelvo, vuelvo en seguida... *(Aparte.)* ¡Yo me escurro!... Vuelvo, vuelvo en seguida... *(Mutis.)*

MARTINA — ¿Qué te parece todo esto?

M.ª LUISA — Que Tom lo sabe, pero no lo quiere decir.

MARTINA — Tu hermana ha sido víctima de una infamia por parte de Harleson; mejor dicho, de su hijo. Estarán de acuerdo para el rapto... ¡Infames!

M.ª LUISA — ¡Cálmate, mamá!

MARTINA — ¿Qué he de calmarme? Soy capaz de revolver toda la casa hasta dar con ella... ¡A una madre le está permitido todo!

M.ª LUISA — Evita el escándalo.

MARTINA — No, María Luisa. Hacen ya demasiada burla de nosotros. ¡Y eso, no!... ¡Van a saber de lo que soy capaz!

HARLESON — *(Saliendo.)* Señora, Tom me ha dicho que está usted inquieta por su hija. ¡Cálmese! Nosotros nos quedamos aquí, y ella se llevó nuestro coche; quería hacer unas compras antes de ir a casa de su tía, y yo se lo cedí gustoso. Sin duda, por eso se cruzaron en el camino. Ahora he telefoneado a casa de su hermana, y me dicen que su hija Rosa acaba de llegar y viene ya hacia aquí... No tardará.

MARTINA — ¿Es posible?

M.ª LUISA — ¿Lo ves?

HARLESON — Una vez tranquilizada respecto de su hija, diré a usted que hace un momento me telefoneó su marido y convinimos en la venta de La Rosaleda. A su ruego, llegué a la cifra de cien mil dollars.

MARTINA — ¿Cien mil dollars?

HARLESÓN — Su esposo quedó en que me firmaría usted la promesa de venta que dejé redactada.

MARTINA — ¡Con mucho gusto! ¡Ya lo creo!

HARLESON — Aquí tiene usted el documento. Fírmelo y le entregaré como señal un cheque de diez mil dollars.

MARTINA — *(Leyendo.)* «Los que suscriben, se comprometen... cien mil dollars... diez mil en garantía...» ¿Dónde he de firmar?

HARLESON — Aquí. Tenga usted mi estilográfica...

MARTINA — ¿Y no es preciso que firme mi esposo?

HARLESON — La finca es de usted por herencia, y aunque ha de dar su consentimiento, tengo su palabra y con ella me sobra. Firme, pues, el compromiso y aquí tiene el cheque que puede cobrar aún esta tarde, en el City Bank, de New York.

CHARLES — *(Saliendo.)* Un momento, señora. ¡Se va usted a manchar de tinta!

MARTINA — ¿Cómo?

CHARLES — La estilográfica de mi padre está toda descompuesta. Deme usted, se la arreglo... *(Le coge la pluma, y después de saludar finge arreglarla.)* Señora, señorita... Mil excusas por mi broma, en la que confieso me excedí.

MARTINA — Todo está perdonado.

CHARLES — Muchas gracias.

MARTINA — Hemos de ser muy buenos amigos.

CHARLES — Seguramente. A mi padre le encanta el carácter español. Hace un momento me lo decía al hablarme de sus grandes proyectos de sociedad con ustedes para explotar «La Rosaleda».

HARLESON — ¿Eh?

CHARLES — Mi padre es bueno, muy bueno. Las gentes se empeñan en considerar a los millonarios norteamericanos como hombres de presa en los negocios, y más diré, yo creo que a ellos mismos les agrada que les crean

así; pero mi padre, en el fondo, es un chiquillo, todo bondad y todo travesura.

HARLESON. — Charles, yo creo que debes dejarnos ultimar el asunto que tratábamos. Dale a esta señora la pluma y...

CHARLES. — *(Motrándosela.)* ¿Lo ves? Está abierta de puntos. Imposible escribir. Pues, como decía, mi padre, en los negocios...

HARLESON. — Tú no sabes nada de eso.

CHARLES. — Perdón, papá. Hace un momento lo escuché de tus labios. Tú fuiste quien con tu educación formaste en mí el carácter y mis condiciones de dignidad y honradez, a tí te las debo.

MARTINA. — El señor Harleson nada me dijo aún de esos proyectos.

CHARLES. — Mi padre deseaba sorprendeles, pero las grandes noticias se han de saber cuanto antes. Su proyecto es asociarse con ustedes para explotar «La Rosaleda». La venta no era más que un modo de asegurar las cosas, justificadísimo si no fuesen ustedes personas honorables y no respondiese yo a mi padre de su seriedad.

MARTINA. — ¿Qué dice usted a esto, Míster Harleson?

HARLESON. — Sí, en efecto...

CHARLES. — Los proyectos, una vez realizados, representan una inmensa, una fabulosa fortuna. La Rosaleda ha de ser una verdadera mina, que convertirá a ustedes en multimillonarios. Mi padre sólo desea el cincuenta por ciento en los beneficios y los cien mil dollars representan un seguro insignificante de lo que esperamos obtener.

MARTINA. — Me llena usted de asombro y de alegría.

CHARLES. — Papá, tenías razón al suponer que sería para ellos una sorpresa muy grande.

MARTINA. — Pero entonces es que en La Rosaleda hay una mina.

HARLESON. — Sí... De petróleo. Yo conozco ese asunto

y domino el mercado en Norteamérica... Seremos fabulosamente ricos.

MARTINA ¿Y usted pensaba después de la compra darnos esa noticia y esa riqueza? Míster Harleson, su hijo, tenía razón. No encuentro palabras con que expresarle mi gratitud. Permítame estrechar sus manos efusivamente por esa generosidad.

CHARLES Papá, me enorgullece ser hijo tuyo y haberme educado en tus ideas caballerosas...

HARLESON Señora, agradezco infinito...

CHARLES Y ahora es cuando deben ustedes pasar al despacho y con toda tranquilidad, hacer un compromiso por escrito de todo eso, reconociéndose mutuamente derechos y deberes... Somos mortales...

MARTINA ¡Cierto! Ahora mismo. Cuando venga mi esposo lo refrendará con verdadera sorpresa y alegría.

HARLESON Pase usted, señora. Por aquí.

MARTINA Estoy encantada... encantada... (Hay días felices.)

M.ª LUISA Sí, mamá... Dios no abandona... *(Mutis.)*

CHARLES Yo me quedo aquí... ¿Qué te parece, papá? ¿Me perdonas la jugarreta?

HARLESON Me has hecho sudar, pero reconozco que obraste bien y hábilmente. Me salvas y me honras. ¿Cómo te pagaré?

CHARLES Si no hice otra cosa que adivinarte... Abrázame... y compadéceme un poco...

HARLESON ¡Hijo mío! *(Mutis Harleson.)*

CHARLES Todos son felices... Todos menos yo... *(Queda triste y cabizbajo.)*

ROSA *(Que aparece con el sombrero puesto.)* ¡Ea! ¿Me marcho?

CHARLES Su madre y su hermana está ahí, firmando contrato de sociedad para La Rosaleda. Su padre, al llegar...

ROSA Qué ocasión tan excelente sería ésta...

CHARLES ¿Para qué?

ROSA Para pedir mi mano, si yo le gustase un

poco, nada más que un poco, a quien yo me sé...

CHARLES — Siempre sus bromas.

ROSA — ¿Quiere usted que hable en serio?

CHARLES — No sé bien lo que quiero o lo que temo.

ROSA — Toma, pues... *temes* lo que todos, la declaración. Anda..., *declárate*.

CHARLES — ¿Qué dice usted, Rosa? ¿Es una burla, verdad? Las circunstancias han cambiado... La ruina de mi padre y la fabulosa riqueza de su familia...

ROSA — ¡Es gana de decir tonterías! *Primero:* ¿No están haciendo un contrato de sociedad? Pues seremos ricos unos y otros. *Segundo:* Esas novelas de diferencia de fortuna eran cosa de las novelas de George Ohnet, que ya está pasado de moda. Ahora se preguntan los novios: Chico, yo no tengo dinero. ¿Y tú? Yo, sí. Ah, pues entonces nos casamos. La cosa es que uno de los dos lo tenga, ¿verdad, rica? ¡Claro, todo lo más que hay que pedir es que el otro no se lo gaste, ¿verdad, monín?

CHARLES — Es usted muy graciosa, pero no me convence.

ROSA — ¿Que no *te* convenzo? De modo que no *te* atreves a declararte. Pues me declaro yo y en paz. *(Con exageración romántica.)* ¡Charles! Me has inspirado un pasión que en vano trato de dominar. Me gustas horrores, y te quiero una burrada. Dame el sí o te rapto.

CHARLES — No puede ser, Rosa.. No me hagas sufrir.

ROSA — ¡Vamos! Ya me tuteas también.

CHARLES — Perdón. No me haga usted sufrir... Ahora se ríe con sus bromas, pero después pensaría usted mal, dudaría usted, y sería muy triste para mí.

ROSA — Bueno. Se me acabó la paciencia. Charles: o me dices que sí ahora mismo, antes de

contar tres, o te armo un lío femenino de esos que hacen época.

CHARLES ¡Rosa, por favor!

ROSA Charles... ¡a la una! (*Amenazadora.*)

CHARLES (*Suplicante.*) Rosa...

ROSA Charles, ¡a las dos! (*Idem.*)

CHARLES ¿Qué va usted a hacer?

ROSA Charles, ¡a las tres! ¿No?... Pues ahora verás. (*Grita como si él se le atreviese y empieza a darse besos muy sonoros en una mano para que los oigan.*) ¡Quieto, Charles! ¡No! ¡Por favor! Pueden oirnos... Pché, pché, pché... (*Besos en la mano.*) ¡Charles! ¡Charles!

CHARLES ¿Pero qué hace usted?

MARTINA (*Que sale con Harleson y María Luisa.*) ¿Qué gritos son esos, Rosa? ¡Ah! ¡Los dos!

ROSA (*Cubriéndose el rostro con las manos, fingiendo exagerado rubor.*) ¡Nos han sorprendido! ¡Oh, qué vergüenza!

MARTINA Caballero, no puede usted negar...

HARLESON ¡Charles!... Tu conducta es indigna.

CHARLES Perdón... No supe lo que hacía, señora... Pido a usted la mano de Rosa... y suplico a todos que olviden...

MARTINA Bien. Lo más discreto es pensar que no hemos oído nada...

HARLESON Sí, señora. Pero hubiese sido preferible que usases de más corrección... (*A Charles.*)

MARTINA Y tú, delante de tu hermana... Tampoco había por qué gritar así...

TOM (*Anunciando.*) El señor Laportilla.

ROSA Verás, mamá, yo...

MARTINA Silencio. Tu padre...

HARLESON Que pase... (*Mutis Tom.*)

D. GASPAR (*Entrando muy alterado.*) Buenas tardes.

MARTINA Gaspar, el asunto de la finca.

D. GASPAR Un momento, Martina. Nuestra hija no ha ido a casa de tu hermana Antonia.

MARTINA Sí. Ya me ha explicado el señor Harleson.

D. GASPAR — Me extraña mucho que explique lo inexplicable. Y este caballero... *(Por Charles.)*

MARTINA — Acaba de pedirme la mano de Rosa. Yo se la he concedido en tu nombre.

HARLESON — Señor Laportilla. Me honra mucho reiterar la petición de mano de su hija, para mi hijo.

D. GASPAR — Sea. *(A Rosa.)* Pero te confieso que no esperaba de tí esa conducta que nos ha avergonzado.

ROSA — ¿Me queréis escuchar un momento?

MARTINA — Habla, hija mía, porque yo no puedo creer lo que ha ocurrido.

ROSA — Has adivinado, mamá... Lo del rapto, es mentira, y lo de los besos, también... Eran así. *(Vuelve a besarse en la mano.)* Charles es inocente, y no me desmintió, por caballerosidad.

D. GASPAR — ¡Pícara!... ¿Te has burlado de nosotros?

MARTINA — ¡Ya lo decía yo!... ¡No era cierto!

ROSA — No, mamaíta, no me besó... *todavía*... *(Mirándolo con intención.)*

CHARLES — *(Con cariño.)* Rosa...

MARTINA — No sabes, Gaspar... «La Rosaleda» vale una fortuna...

HARLESON — *(Por Rosa, a la que abraza.)* ¡Esta sí que vale un tesoro!...

TOM — *(Aparte.)* (¡Qué bien se arreglaría todo en el mundo si las mujeres fuesen formales y María Luisa me mantuviese su palabra... Probemos... *(Meloso.)* ¡María Luisa!...

M.ª LUISA — *(Rápida.)* ¡Tom!... ¡Traiga un vaso de agua!...

TOM — *(Dolido.)* ¡Un vaso de agua!... ¡Qué seca es!... *(Insistiendo muy serio.)* Le advierto a usted que yo mantengo...

MARTINA — *(Cortándole.)* Sí, pero nosotros no mantenemos vagos...

TOM (*Despechado.*) ¡Son felices por mí... ¡y no me lo agradecen! Con razón ha dicho Pirandello: La vida...

TODOS (*Interrumpiéndole.*) ¡...es un diorama!

TELON

FIN DE LA HISTORIETA

Obras de Emilio G. del Castillo

Lazo de unión, comedia en un acto. (Premiada en el concurso de *El Teatro.*)

El intruso, comedia en cuatro actos, basada en la novela de Blasco Ibáñez.

Fenisa la Comedianta, zarzuela en un acto y dos cuadros, música de Rafael Calleja.

Las bandoleras, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, música de Tomás L. Torregrosa.

Holmes y Raffles, fantasía melodramática, con música de Pedro Badía.

La garra de Holmes, segunda parte de la anterior, música de Pedro Badía.

Cómo se ama, boceto de comedia en dos actos, original.

¡Pícaro teléfono!, juguete cómico en un acto y en prosa.

El príncipe Sin-Miedo, cuento de niños en dos actos, en verso, música de Vicente Lleó.

Sol y alegría, zarzuela en un acto, música de Tomás L. Torregrosa.

Los segadores, zarzuela dramática en un acto, música de M. Quislant.

El bello Narciso, juguete cómico-lírico en un acto, música de Ramón López-Montenegro.

La Hermana Piedad, comedia lírica en un acto, música de Quislant y Badía.
¡Eche usted señoras!, fantasía cómico-lírico-bailable en un acto, música de Quislant y Badía.
Juan Sin Nombre, episodio lírico-dramático en un acto, música de Enrique Reñé.
Benítez, cobrador, humorada lírica en un acto, música de Quislant y Bahía.
El amigo Nicolás, aventuras cómico-líricas en trece cuadros, en prosa, música de Quislant y Badía.
El dirigible, fantasía cómico-lírica en dos actos, música de Luna y Escobar.
Sangre y arena, zarzuela en un acto, basada en la novela de Blasco Ibáñez, música de Luna y Marquina.
El padre Augusto, comedia lírica en un acto, música de los maestros Quislant y Badía.
A fuerza de puños, zarzuela en un acto, música del maestro Arturo Saco del Valle.
Los espadachines, novela escénica en nueve cuadros.
La maja de los claveles, sainete de costumbres madrileñas de principios del siglo XIX, en un acto, en verso, música del maestro Vicente Lleó.
La reina del Albaicín, zarzuela cómica en dos actos, música del maestro Rafael Calleja.
El reino de los frescos, revista fantástica, música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.
Princesita de ensueño, leyenda fantástica en un acto, música de M. Amenábar.
La gloria del vencido, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, música de Pablo Luna y M. Amenábar.
Eva, la niña de la fábrica, refundición en un acto de la opereta en tres actos de Franz Léhar.
Sybill, opereta en tres actos de Víctor Jacobi, adaptación de Pablo Luna.
Poliche, traducción de la comedia en cuatro actos de Henry Bataille.
La pobrecita Dolores, humorada en un acto, música del maestro Pedro Badía.
Miss Cañamón, opereta en tres actos.
La señorita del cinematógrafo, opereta en tres actos, música de Karl Weinberger, adaptada al castellano en colaboración con Pablo Luna.

Jack, opereta en tres actos, música de Víctor Jacobi. Adaptación de Pablo Luna.

El millón de pesos, viaje en dos actos, música de los maestros Quislant y Badía.

Las morenas y las rubias, pasatiempo en un acto, música de Quislant y Badía.

A pie y sin dinero, viaje fantástico en un acto, música de los maestros Quislant y Badía.

El torbellino, vaudeville en tres actos, música de los maestros Quislant y Badía.

El torbellino, arreglo para las compañías de verso.

Las hijas de España, humorada en un acto, música de los maestros Quislant y Badía.

El hombre de la montaña, juguete cómico en tres actos.

Su Alteza baila vals, opereta en tres actos, música de Leo Ascher.

¡Mi Granada!... fantasía en un acto, música de Lola Vitoria de Giner.

La danzarina de Cracovia, opereta en res actos, música de Oscar Nedbal.

Los Calabreses, opereta en dos actos, música del maestro Pablo Luna.

La Emperatriz lo manda, opereta en tres actos.

Los sembradores de frío, drama de espectáculo en cuatro actos.

La sonata de la muerte, comedia policíaca en cuatro actos.

El diablo está en el convento, melodrama en cuatro actos.

El crimen de la Puerta del Sol, melodrama en cuatro actos.

El duende del teatro de la Opera, drama policíaco en cuatro actos.

El enigma del anillo de rubíes, comedia dramática en cuatro actos.

En las sombras de la noche, comedia en cuatro actos.

El toro negro, drama popular andaluz en cuatro actos.

¡Es mucho Madrid!, revista cómico-bailable en un acto, música de Juan Antonio Martínez.

El ministro Giroflán, opereta en tres actos, adaptación de *La Presidenta*, con música de Amadeo Vives.

Las lunas de miel, fantasía en un acro, música de Modesto Romero.

Barcelona se divierte, revista en dos actos, música de Francisco Alonso.

La salvación de España, fantasía en un acto, música de Francisco Alonso.

Roma se divierte, opereta en tres actos, música de Jean Gilbert.

Dedé, juguete en tres actos, música de Christiné.

La bayadera, opereta en tres actos, música de E. Kalman.

Teodoro y C.ª, vaudeville en tres actos, música de Jacinto Guerrero.

Seis personajes en busca de divorcio, (Ta bouche), música de Maurice Ivain.

El señor Cero, vaudeville en tres actos, música de José Cabas.

Las flechas de oro, fantasía en un acto, música de Juan Antonio Martínez.

Las mujeres españolas, fantasía en un acto, música de Juan Antonio Martínez.

Cómo se hace un hombre, sainete en dos actos, música de Jacinto Guerrero.

La Rosaleda, historieta cómica en tres actos.

La mano misteriosa, comedia de aventuras en tres actos.

La joven Turquía, zarzuela en dos actos, música de Pablo Luna.

T. S. H. o Los pollos de la onda, fantasía en un acto, música de Pedro Badía y José Power.



Precio: TRES pesetas.